

COLECCIÓN VIRTUS

MADURACIÓN DE LA PERSONALIDAD

P. Miguel Ángel Fuentes, I.V.E.



EDIVE

San Rafael (Mendoza) Argentina – Año 2012

Imprimatur
R.P. Ricardo E. Clarey, I.V.E.
Superior Provincial

Fuentes, Miguel Ángel

Maduración de la personalidad. - 1a ed. - San Rafael : Del Verbo Encarnado, 2012.

80 p. ; 21x15 cm.

ISBN 978-987-9438-36-7

1. Psicología. 2. Espiritualidad. 3. Antropología. I. Título
CDD 150

Fecha de catalogación: 03/08/2012

Primera Edición – 2000 ejemplares

© 2012 – Ediciones del Verbo Encarnado
El Chañaral 2699 – CC 376
(5600) San Rafael – Mendoza
Argentina

Tel. +54 (0)0260 – 4430451
ediciones@iveargentina.org
www.edicionesive.org.ar
www.iveargentina.org

PRESENTACIÓN

Las siguientes páginas tienen por tema la madurez humana¹. No se trata de un estudio principalmente especulativo sino de notas prácticas, encaminadas al trabajo personal en la propia maduración².

El Diccionario de la Real Academia Española señala tres significados del término “madurez”: se entiende de la sazón de los frutos, del buen juicio o prudencia (sensatez), y de la edad de la persona que ha alcanzado su plenitud vital y aún no ha llegado a la vejez. Ninguna de estas acepciones coincide plenamente con el concepto filosófico de la “madurez de la persona humana”, aunque nos abren camino para comprenderla.

En efecto, la madurez de una persona no coincide con la plenitud de su vida orgánica pues hay muchas personas que en la cumbre de su desarrollo físico continúan en un estado de inmadurez espiritual y psicológica. Pero podemos servirnos de esta primera idea

¹ Para este trabajo me he inspirado en un esquema propuesto por María del Rosario Di Silvestri en su libro *Equilibrio psíquico y madurez personal para la vida religiosa femenina*, Buenos Aires (1990), 95-162. La autora distingue, en la madurez cinco dimensiones: intelectual, psicosocial, afectivo-sexual, volitiva, y moral-religiosa. En algunos casos he completado con otras reflexiones y también he seguido rumbos diversos en algunos temas, apuntando más a la moral de las virtudes y a los aportes de Santo Tomás. También pueden verse al respecto: D'Alfonso, Pedro, *La madurez religiosa*, Buenos Aires (1968); A.A.V.V., *El proceso de maduración en el hombre*, Barcelona (1973); González Ruíz, Elena, *Amor y Madurez psicológica. Educación de la afectividad*, Madrid (1978); Allport, G. W., *La personalidad. Su configuración y su desarrollo*, Barcelona (1966).

² En este sentido deberá disculpárseme que con frecuencia me vea obligado a sugerir la lectura de algunos opúsculos propios, escritos precisamente para colmar un vacío sobre estos temas, al menos en cuanto respecta en lengua española, doctrinalmente confiable y accesible al gran público. En la medida en que he podido ofrecer material serio y útil de otros autores, lo he hecho.

para afirmar que la madurez de la persona consiste en un estado psico-espiritual *análogo* al esplendor que alcanzan las energías vitales en el plano físico durante la etapa de la vida que se designa generalmente como el del “hombre o mujer maduro”, es decir, justo antes de que comience el declive de la vida orgánica (vejez).

La sazón de los frutos de la tierra “madurez en sentido agrícola” nos aporta la idea de que la madurez de la persona es también la época de los principales frutos de las potencias espirituales en actos de conocimiento y amor.

El buen juicio y prudencia indican ya sea actos de madurez, o también virtudes que realizan la madurez y la manifiestan.

Por tanto, la madurez, en el sentido psicológico y espiritual, es el estado de perfección que corresponde a una persona en un determinado momento de su vida. Estado de perfección significa, por un lado, desarrollo pleno de sus facultades (en particular la inteligencia y la voluntad), y, por otro, armonía entre todas sus dimensiones. Decimos “en un determinado momento de su vida”, porque la madurez es un concepto necesariamente dinámico. En cierto modo porque, a diferencia de los frutos de la tierra y de la vida biológica de un ser humano, que, pasado un punto de lozanía comienzan un proceso de marchitamiento, no se puede poner un límite a la madurez de las dimensiones espirituales, ya que siempre son susceptibles de crecimiento, más todavía cuando están bajo la dirección de la gracia divina (el santo siempre puede hacerse más santo, por más viejo que sea, y mientras más crezca su unión y transformación en Dios, más maduro será; ejemplos tenemos en la hagiografía cristiana, como, por ejemplo, en los casos de Policarpo, Antonio abad, Juan Evangelista...). Correspondería, por eso, hablar, por un lado, de “madurez correspondiente a tal o cual edad” y, por otro, de “madurez humana tipo o modelo”, o sea, la concerniente a un momento de plenitud *relativa* de las potencias humanas (no plenitud absoluta que nunca se da en esta vida por la posibilidad ilimitada de crecimiento ya mencionada).

Como características generales de la persona madura podemos aceptar, a modo de consideración inicial, las que señala Allport: 1) una amplia extensión del sentido de sí mismo; 2) capacidad de esta-

blecer relaciones emocionales con otras personas, en la esfera íntima y en la esfera no íntima; 3) seguridad emocional fundamental y aceptación de sí misma; 4) percepción y actuación concorde con la realidad exterior; 5) capacidad de verse objetivamente a sí misma y sentido del humor; 6) vive en armonía con una filosofía unificadora de la vida³. Nosotros vamos a referirnos a siete esferas fundamentales de la personalidad: la vida intelectual, la imagen de sí mismo, la relación con las demás, la afectividad y sexualidad, la volición, el sentido moral y la dimensión religiosa.

Estas páginas tienen el humilde cometido de ofrecer la oportunidad de que cada uno pueda identificar los baches más importantes de su personalidad y conozca lo sustancial del trabajo que tendría que realizar para corregirlos. Nuestros defectos pueden ser más o menos serios; algunos quizá no tengan consecuencias demasiado significativas, pero otros pueden ser responsables del estancamiento espiritual e incluso de la deformación del carácter y la raíz de nuestros vicios y esclavitudes. En tal caso se vuelve imperativo corregirlos. Por otra parte, el empeño en desarrollar nuestras capacidades, que son los dones que Dios ha sembrado en cada persona, es absolutamente necesario para cumplir el plan de Dios sobre cada uno. No vaya a ser que al final de nuestra vida nos hagamos merecedores de las reprimendas del siervo que dejó infructíferos los talentos recibidos en encargo:

³ “Los psicólogos no pueden decirnos el significado de los términos normalidad, salud y madurez (de la personalidad). Pero toda persona con sentido práctico, incluyendo a los psicólogos y los psicoterapeutas, reconoce esta cualidad. Examinando la extensa literatura sobre este tema, hallamos gran concordancia entre los diversos autores, por lo menos en lo que concierne a las concepciones de la cultura occidental. Hallamos especialmente seis criterios que resumen el área de acuerdo. La personalidad madura: 1) tiene una amplia extensión del sentido de sí mismo; 2) es capaz de establecer relaciones emocionales con otras personas, en la esfera íntima y en la esfera no íntima; 3) posee seguridad emocional fundamental y se acepta a sí misma; 4) percibe, piensa y actúa con penetración y de acuerdo con la realidad exterior; 5) es capaz de verse objetivamente a sí misma (de conocerse a sí misma) y posee el sentido del humor; 6) vive en armonía con una filosofía unificadora de la vida. Los objetivos de la psicoterapia y de los consejos se formulan en ocasiones de una manera que no reconoce todos estos criterios de madurez. Análogo error encontramos en el modo de tratar a las personas de edad. Sería más propio de una sana ética y una sana psicología estimular el desarrollo de las potencialidades humanas en las seis direcciones mencionadas desde la infancia hasta el fin de la vida” (Allport, G. W., *La personalidad. Su configuración y su desarrollo*, Herder, Barcelona 1966, 366-367).

“[El reino de los cielos] puede compararse a un hombre que, al ausentarse, llamó a sus siervos y les encomendó su hacienda: a uno dio cinco talentos, a otro dos y a otro uno, a cada cual según su capacidad; y se ausentó. Enseguida, el que había recibido cinco talentos se puso a negociar con ellos y ganó otros cinco. Igualmente el que había recibido dos ganó otros dos. En cambio el que había recibido uno se fue, cavó un hoyo en tierra y escondió el dinero de su señor. Al cabo de mucho tiempo, vuelve el señor de aquellos siervos y ajusta cuentas con ellos. Llegándose el que había recibido cinco talentos, presentó otros cinco, diciendo: «Señor, cinco talentos me entregaste; aquí tienes otros cinco que he ganado». Su señor le dijo: «¡Bien, siervo bueno y fiel!; en lo poco has sido fiel, al frente de lo mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor». Llegándose también el de los dos talentos dijo: «Señor, dos talentos me entregaste; aquí tienes otros dos que he ganado». Su señor le dijo: «¡Bien, siervo bueno y fiel!; en lo poco has sido fiel, al frente de lo mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor». Llegándose también el que había recibido un talento dijo: «Señor, sé que eres un hombre duro, que cosechas donde no sembraste y recoges donde no esparciste. Por eso me dio miedo, y fui y escondí en tierra tu talento. Mira, aquí tienes lo que es tuyo». Mas su señor le respondió: «Siervo malo y perezoso, sabías que yo cosecho donde no sembré y recojo donde no esparcí; debías, pues, haber entregado mi dinero a los banqueros, y así, al volver yo, habría cobrado lo mío con los intereses. Quitadle, por tanto, el talento y dádsele al que tiene los diez talentos. Porque a todo el que tiene, se le dará y le sobraré; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará. Y al siervo inútil, echadle a las tinieblas de fuera. Allí será el llanto y el rechinar de dientes» (Mt 25,14-30).

I. Maduración intelectual

Comenzamos por la madurez en el plano de la inteligencia, esencial para el ser humano, pues sin una mínima madurez intelectual no es posible hacerse cargo adecuadamente de la realidad de las situaciones que se viven (ponderarlas, juzgarlas) ni, consecuentemente, tomar decisiones correctas y hacerse responsable de las mismas.

1. En qué consiste la madurez intelectual

Una inteligencia madura se caracteriza por poseer al mismo tiempo cierto grado o capacidad de abstracción, de análisis y de síntesis, de raciocinio, de juicio, por una correcta percepción de la realidad, una discreta capacidad de retención (memoria), y una adecuada expresión verbal.

(a) Capacidad de observación y análisis. La primera característica de una inteligencia madura es la percepción realista de los hechos (hacerse cargo de las situaciones) y la capacidad de sacar conclusiones lógicas de los mismos.

Ver las cosas con realismo es verlas ajustadamente a como son. “Las cosas son como son”, dice el sentido común. Es decir, tienen sus esencias y sus accidentes. Captarlas realmente es darse cuenta de lo que son, de cuánto pesan y valen, de cuánto importan y de qué lugar ocupan en mi propia vida. Ser realistas significa, pues, *ver* lo que las cosas son, sin distorsionar agrandando ni achicando, y sin ignorarlas por desinterés o miopía, sin tomar algo accidental

como sustancial, ni lo esencial como contingente. Muchas personas juzgan llevadas solo por las apariencias y por el árbol pierden de vista el bosque. Hace unos años un niño de la sierra peruana que me acompañaba mientras visitaba el museo colonial del Arzobispado de Cusco abriendo desmesuradamente los ojos exclamó, señalando una imagen: “¡Mira, un demonio con un ángel *en su* arriba!” Era un San Miguel guerrero pisando al demonio, pero al pequeño le llamaba más atención el monstruo despatarrado a sus pies, que el santo que lo pisaba. Muchos adultos miran como ese niño las cosas por abajo y pierden lo más importante: no saben descubrir al ser humano que está detrás del enfermo, la gracia que se esconde en el dolor, la providencia divina que nos habla en la reprensión...

Hay personas que *miran sin ver* o *sin captar el sentido* de los hechos, de las circunstancias o de las realidades ambientales en las cuales se hallan inmersas. Se dice que tienen defecto de *circumspección*⁴. Igualmente sólo *conocen superficialmente* a las personas que tratan y suelen sacar conclusiones apresuradas, triviales o infundadas, sobre las mismas, ya sea entusiasmándose indebidamente o tomando injustas ojerizas. El mismo defecto puede manifestarse en una defectuosa capacidad de *conocerse a sí mismo*. Quienes padecen de tal miopía no reconocen, por ejemplo, los propios límites, sus defectos, ni tampoco sus cualidades y dones. De aquí se deriva que tengan, generalmente, una inadecuada autoimagen y mala autoestima (lo que no quiere decir siempre “baja” autoestima, sino falsa, es decir, no ajustada a la realidad).

Cuando el error versa sobre la realidad exterior a uno (al no forjarse una idea acertada de las situaciones o de las personas), puede provenir del vivir excesivamente concentrados sobre sí mismos (sobre los propios problemas e intereses), lo que ocasiona desinterés respecto de las cosas o de las personas que los rodean. También puede ser causado del estar dominados por pasiones que tuercen el juicio como la ira, el rencor, el resentimiento, el espíritu mundano, la sensualidad, la lujuria...

En cambio, cuando los equívocos versan sobre uno mismo pueden estar causados por los vicios y pasiones que dominan a la

⁴ Cf. Santo Tomás, *Suma Teológica*, II-II, 48, 1.

persona, *especialmente por* falta de auténtica humildad que es la virtud que permite ver con justeza la propia realidad (mientras el orgullo bloquea toda mirada que pueda redundar en un juicio negativo de sí mismo). También puede deberse a un complejo injusto de inferioridad⁵.

También influyen distorsivamente tanto las visiones excesivamente pesimistas de las cosas, como las extremadamente optimistas. Ambas perspectivas, falsean la realidad.

(b) Capacidad de discernimiento. Es la capacidad de distinguir y jerarquizar la realidad percibida. Implica el poder separar en cada situación o persona, lo que es fundamental o esencial, de lo que es accidental o pasajero; también implica la capacidad de no confundir el todo con la parte y más todavía tomar la parte por el todo (por ejemplo, juzgar a alguien por un defecto adjetivo, considerarse uno mismo como inútil porque no podemos hacer bien ciertas obras, o pensar que estamos acabados porque hemos fracasado algunas veces). Dentro de esta capacidad de discernimiento incluimos también la virtud de *descubrir* los aspectos positivos de las cosas, y más aún, los rasgos valiosos de cada persona. Es un gran jefe (superior, dirigente o líder) el que es hábil para reconocer los dones y las cualidades de cada persona, y para animarlo a que las desarrolle y sabe ayudarlo para que lo logre. A veces desarrollamos esta capacidad para aprovechar las cosas materiales (con dos viejas agujas de tejer y una papa improvisamos una antena) pero no hacemos lo mismo con las personas, a quienes rechazamos fácilmente por defectos o problemas parciales.

Quienes carecen de esta capacidad, o no la poseen en grado suficientemente desarrollado, a menudo confunden cosas que son accidentales con lo fundamental, exageran o universalizan los problemas por haber puesto la atención más en lo accidental que en lo substancial; no aciertan a la hora de encontrar soluciones o tomar decisiones correctas; también exageran las dificultades o las ventajas de algo... (por unas goteras consideran inhabitable una casa, por

⁵ Cf. Fuentes, Miguel, *Naturaleza y educación de la humildad. Tres ensayos sobre la humildad*, Virtus/12, San Rafael (2010); especialmente: "Segunda parte: Humildad, verdad y equilibrio", 51-72.

un pasajero desdén creen que nadie los estima, por recaer en un defecto infieren que es imposible vencerlo, por conocer una docena de argentinos pedantes afirman que todos “cuarenta millones” son iguales). Es muy frecuente que serios e irreparables problemas afectivos y familiares comiencen por una falta de discernimiento tomando, por ejemplo, gestos accidentales (el olvido de un aniversario, una cara de desagrado, un ademán poco cortés...) por actitudes centrales y definitivas (como si quisieran manifestar la pérdida del amor, la desconfianza, o el desprecio, o la decisión de terminar una relación de amistad...). En este orden de cosas, ciertas pasiones, como el orgullo, la ira, la envidia, la tristeza... y otras, son inmensamente aptas para enmarañar la vida, producir hipersensibilidad y turbiedad de juicio.

(c) Deseo de profundidad. Un tercer elemento es la profundidad del conocimiento, o mejor, el deseo de profundidad. Hay muchas personas que, sin poseer una mente brillante, tienen, sin embargo, discreta capacidad mental, pero *carecen* de interés por profundizar. Por esta razón sus lecturas son siempre superficiales, privilegian la información (periódicos, internet, revistas, radio...) al estudio y la formación. O bien, si se ven obligadas a lecturas más serias, lo hacen “por encima”, sin meditar. Se nota en los libros que leen y en la manera en que los leen. Tal viciada actitud se denomina *curiosidad*⁶.

(d) Experiencia. La madurez también implica cierta capacidad para la experiencia, que es parte de la virtud de la prudencia (con ayuda

⁶ Cf. Santo Tomás, *Suma Teológica*, II-II, 167. La curiosidad consiste en sobrepasar la medida justa respecto del conocimiento, tanto intelectual como sensitivo. En el campo del conocimiento intelectual la tenemos cuando se aplica la mente a cosas que sobrepasan la capacidad propia, o a cosas que de ningún modo nos interesan ni nos son de utilidad alguna; aplicando a destiempo, con mengua de los deberes propios, la inteligencia a cosas fuera del lugar, aunque sean útiles; aplicando la mente sin razón suficiente a cosas que crean un peligro de pecar; leyendo con precipitación de manera que no se pueda asimilar lo que se lee; usando de medios ilícitos para venir en conocimiento de alguna noticia; en el campo del conocimiento sensitivo hay exceso: en ver y oír lo que no nos interesa ni tiene utilidad ninguna para nosotros; en ver y oír cosas, aunque sean útiles, con mengua de nuestras obligaciones; en ver y oír sin razón suficiente cosas que nos ponen en peligro de pecar. Es necesario, además, que en la aplicación de nuestras facultades cognoscitivas nuestra intención sea recta (Roberti, *Diccionario de Teología Moral*, Barcelona [1960], voz “Curiosidad”).

del sentido interno llamado cogitativa o razón de lo particular⁷). Aptitud para la experiencia quiere decir habilidad para aprender lo que nos enseñan los sucesos de la vida, en particular nuestros propios errores y aciertos. De todo cuanto nos sucede o nos ha sucedido debemos “sacar experiencia”, es decir, “aprender la lección” que encierran esos hechos. Ante todo suceso importante, y más que nada frente a los dolorosos y humillantes, debemos preguntarnos: “¿qué enseñanza me deja esto?; ¿qué lección puedo aprender para el futuro?” Solo de esta manera evitaremos tropezar dos veces con la misma piedra o volver a caer en el mismo hoyo.

Enemigos de la experiencia son la *superficialidad* que nos impide ver la “lección” profunda que se encierra en todo acontecimiento exponiéndonos a repetir los mismos yerros; y el *resentimiento*, que nos impide juzgar con objetividad y sin apasionamiento. De hecho, el dolor, la bronca, la amargura excesiva, el apego desproporcionado a una cosa, etc., hacen que modifiquemos los hechos, haciéndolos más graves de lo que fueron, más dañinos, o, por el contrario, demasiado buenos...; y, como consecuencia, imposibilita sacar de ellos una *lección para el futuro*.

(e) Reflexionar y meditar. A lo anterior debemos añadir la capacidad de meditar y reflexionar (es decir, pensar y rumiar las grandes verdades, sacando conclusiones, aplicaciones, penetrando sus fundamentos), lo que, a su vez, exige *darse tiempo para hacerlo*. ¿Cuánto nos detenemos a pensar lo que hemos hecho o lo que proyectamos hacer? ¿Cuánto tiempo consagramos a examinar nuestra conciencia sobre los acontecimientos pasados y a planificar los futuros? Y si no lo hacemos, ¿no es un desatino que esperemos corregirnos, progresar o mejorar?

⁷ La cogitativa constituye el eje lo sensible, lo pasional y lo espiritual, entre la sensación y el afecto. “Es el puente coordinador de la gran diversidad que constituye al hombre: animalidad y espiritualidad, en su aspecto dinámico y funcional” (V. Rodríguez). Su nombre se deriva de su estrechísima relación con la razón de la cual es propio el razonar (= cogitare). Su objeto es la utilidad o la nocividad de las cosas percibidas (la “intencio insensata” = cualidad, noción, relación, no percibida por los sentidos). La cogitativa/estimativa no solo percibe un objeto sino otra cosa que no está dada de forma explícita en ese objeto: el efecto, la acción futura de la cosa percibida (que ese lobo me puede comer); se dirige al futuro imaginado, aunque se lo imagine confusamente.

(f) **Las virtudes** que perfeccionan esta dimensión son varias, de las que destaco la *prudencia* en el plano orientado a la práctica y a la guía de nuestras acciones. Esta es una virtud que sí o sí debe adquirirse y trabajarse. La *estudiosidad* que perfecciona la voluntad para que mueva enérgicamente y vitalmente la inteligencia a la búsqueda de la verdad, sorteando los obstáculos de la curiosidad, la pereza y la dispersión. Y en el orden sobrenatural la *fe* que debe traducirse en *espíritu de fe*, es decir, en el pensar y juzgar con criterios derivados de la revelación y, especialmente, de las enseñanzas y ejemplo de vida de Nuestro Señor Jesucristo.

2. Defectos en la madurez intelectual

Entre las sombras de la personalidad que ponen en evidencia una inteligencia todavía inmadura, destaquemos solo algunas más frecuentes. Si se presta atención se verá que se trata, casi siempre, de defectos y vicios opuestos a la virtud de la prudencia.

Ante todo, la *falta de objetividad en los juicios* por estar modificados por las propias pasiones, especialmente las de la ira, rencor, sensualidad y lujuria, esperanza infundada, tristeza, desesperación y depresión. El iracundo y el enojado solo ven los defectos de los demás, el pesimista y el deprimido todo lo ven negro y sin salida...

La *falencia en el consejo* (tomando este en el sentido del “*consilium*” de la virtud de la prudencia⁸). Se trata de la dificultad para investigar, descubrir y hacerse cargo de los medios verdaderamente aptos para alcanzar un fin determinado. Esto ocurre por no pedir consejo a quien puede iluminarnos, por no pensar más lo que tenemos que obrar, por no hacer “pro y contra” antes de actuar para ver qué nos conviene y qué no...

La *falla en el juzgar* (“*iudicare*”), o sea, la dificultad para determinar el medio más apto o eficaz para alcanzar, en una situación dada, el fin. Es un error en el acto judicativo de la prudencia. Como

⁸ La prudencia perfecciona tres momentos del acto voluntario: el consejo, el juicio y el precepto. Es decir, interviene en la indagación de los medios que se ordenan a un fin concreto (el fin de alguna de las virtudes morales) y a la aplicación de ese medio. El primero de estos actos consiste en *aconsejarse* (*consilium*) o investigar sobre los diversos medios, es decir sobre las posibles operaciones que llevan al fin previamente establecido.

consecuencia tenemos personas siempre indecisas, dubitativas, que no pueden llegar a una decisión sobre sus vidas...

La *deficiencia en la organización e imperio* ("imperium" prudencial), que es la dificultad para organizar la ejecución del acto que se ha decidido hacer. Es un error en el tercer acto de la prudencia, que guía la ejecución de los proyectos. Vulgarmente se dice: "falta de *terminativa*", es decir, no lleva a cabo hasta el final los propósitos determinados. Ocurre así que comenzamos muchas obras pero las dejamos inconclusas. Este es el verdadero motivo de tantos fracasos: no la incapacidad de obrar bien, sino la falta de empeño en organizar como corresponde la ejecución de nuestros actos.

La *precipitación* en los juicios, o sea, apurarse a juzgar sin tener todos los elementos para hacerlo con realismo y objetividad.

La *superficialidad* en los juicios por falta de análisis, o por no buscar las causas últimas de las cosas.

La *curiosidad*, que se torna especialmente peligrosa en quienes no se hacen cargo de su gravedad, los cuales, por lo mismo se tornan doblemente superficiales.

El guiarse por *prejuicios*.

Y la incapacidad de forjarse una adecuada experiencia con los propios aciertos y yerros (y, por consiguiente, continuar cometiendo los mismos errores y/o pecados).

3. Examen de nuestra madurez intelectual

Sugiero examinarse sobre este campo haciéndose las siguientes preguntas (u otras que cada uno puede sacar de su propia cosecha):

- ¿Cómo es mi capacidad de observación?
- ¿Cómo es mi conocimiento de las cosas y de las personas (incluso de mí mismo)? ¿Profundo o superficial?
- ¿Entiendo el sentido último de las cosas o me guío por las apariencias?
- ¿Capto el verdadero sentido de la realidad o a menudo percibo equivocadamente las situaciones?
- ¿Interpreto mal o bien los hechos y los dichos de las personas?
- ¿Mis juicios son generalmente acertados o resultan erróneos?

- ¿Saco conclusiones atinadas de las cosas y de los acontecimientos que me toca vivir?
- ¿Razono bien?
- ¿Puedo resumir fácilmente las situaciones que me toca vivir?
- ¿Puedo decir cuál es la esencia de mis problemas o lo fundamental de las cosas que leo, escucho, converso, etc.?
- ¿Distingo bien la parte del todo, lo accidental de lo esencial?
- ¿Exagero las cosas o las minimizo equivocadamente?
- ¿Hago universalizaciones indebidas?
- ¿Son mis juicios respecto del prójimo *objetivos*, o, por el contrario, están falseados o forzados por antipatías, heridas, rencores, cariños exagerados, etc.?
- ¿Tengo prejuicios? ¿Cuáles? ¿Cómo inciden en mis pensamientos y juicios?
- ¿Soy sincero conmigo mismo y con mi prójimo (en particular con quienes tiene autoridad sobre mí)?
- ¿Soy transparente, abierto? ¿O bien taimado, oscuro, impenetrable?
- ¿O confundo autenticidad con ser ofensivo y desconsiderado, faltando al respeto y la caridad fraterna con excusa de “decir las cosas de frente”?
- ¿Soy curioso?
- ¿Cuántos y cuáles son los libros que he leído en el último semestre o en el último año?

Si las respuestas nos revelan que hacemos agua en esta dimensión, aconsejo trabajar seriamente en la maduración de nuestra inteligencia, especialmente con la ayuda de un buen director espiritual. Pueden servirnos algunos de los consejos que se dan más abajo.

4. Jesucristo y la madurez intelectual

Sobre la madurez intelectual de Jesucristo, que debería servirnos de modelo ideal, puede leerse su admirable Sermón de la montaña (Mt 5-8), prestando atención, especialmente, a la profundización que hace de la ley mosaica, y comparar *su interpretación* con la que tenían los escribas y maestros de Israel contemporáneos a Nuestro

Señor (“Habéis oído que se dijo... Pero yo os digo...”)⁹. Nuestro Señor manifiesta una lucidez extraordinaria. Su predicación es diáfana, directa. Sus parábolas son un género único, perlas de la literatura de todos los tiempos. El contenido de sus dichos sorprende por la asociación de sencillez, altura, penetración, y sobrenaturalidad. No menos asombro nos causa su pedagogía: es significativo cómo fue llevando a sus discípulos (algunos romos pescadores) a aceptar y entender (cuanto humanamente es posible) los misterios más grandes de nuestra fe (su filiación divina, la trinidad de Personas, la unidad de Dios, el misterio de la inhabitación trinitaria, de la gracia, el Reino de Dios, etc.). Su oratoria demuestra una grandeza de pensamiento inigualable, como se ve en muchos pasajes; por ejemplo, en las palabras que dirige a la muchedumbre hablándoles de Juan Bautista (cf. Mt 11,7-11).

Jesús sabía, como nadie, apelar a las imágenes vivas, conocidas por sus oyentes: el sopro rápido y misterioso del viento (Jn 3,8), la fuente de agua viva (Jn 4,10), el vaso de agua fresca (Mt 10,42), el labrador que guía el arado (Lc 9,62), el hombre fuerte y armado que cuida su casa (Lc 11,21), los servidores que con la lámpara en la mano esperan la venida de su señor (Lc 18,35), el ciego que guía a otro ciego (Lc 6,39), etc. Sabía poner sobrenombres apropiados: a Simón, *Cefas* “piedra”, a Juan y Santiago, *Boanerges*, “hijos del trueno”. Sus consejos y réplicas eran penetrantes y dejaban sin voz a sus adversarios, como repetidamente nos señalan los evangelistas.

5. Remedios y trabajo

Al respecto sugiero lo siguiente.

(a) Las virtudes que hacen madurar nuestra intelectualidad en el plano humano son la prudencia y la estudiosidad, por tanto, debería apuntarse a trabajar seriamente en ellas. En el orden sobrenatural, la madurez se alcanza al juzgar la realidad con espíritu de fe, con criterios sobrenaturales y guiándose por la voluntad divina (expresa

⁹ Cf. Miguel Fuentes, *La madurez según Jesucristo. El hombre a la luz del Sermón de la montaña*, Virtus/13, San Rafael (2010).

especialmente en los Diez Mandamientos y en el Sermón de la Montaña –cf. Mt, 5-8–).

(b) Para ayudarnos a observar el grado de nuestra capacidad de sacar experiencia de la vida, puede servirnos elegir un par de hechos realmente importantes de la vida pasada y escribir las enseñanzas que hemos sacado de ellos.

(c) Aconsejo iniciarse en la lectura de buenos ensayistas cristianos como G. K. Chesterton (por ejemplo, “Ortodoxia”, “El hombre eterno”), H. Belloc, R. Guardini, u otros clásicos del pensamiento cristiano contemporáneo. Puede resultar muy útil intentar leer algún artículo de la *Suma Teológica* de Santo Tomás de Aquino de vez en cuando, haciendo el esfuerzo por entenderlo, esquematizarlo, y retener sus enseñanzas principales.

(d) También podemos ejercitarnos en comentar con la mayor profundidad que nos resulte posible algunos pasajes bíblicos; sugiero, a modo de ejemplo: 1Co 2, 6-16; Ga 3, 6-14.

Lecturas recomendadas:

—Fuentes, Miguel, *La superficialidad*, Virtus/15, San Rafael (2011).

—Pieper, Josef, *El ocio y la vida intelectual*, Rialp, Madrid (1983).

—Sertillanges, *La vida intelectual*, Encuentro, Madrid (2003).

—Melendo-Granados, Tomás, *Invitación al conocimiento del hombre*, Eiunsa, Pamplona (2009).

—San Ignacio de Loyola, *Reglas de discernimiento de espíritus*, en: “Ejercicios Espirituales”, nn. 313-336.

II. Maduración de la propia imagen

Una persona verdaderamente madura posee también una imagen adecuada de sí misma, equilibrada y realista, sin complejos que la dramatizan de manera imaginaria ni exageraciones que la ponderan innmercidamente.

1. En qué consiste una imagen madura de sí mismo

Fundamentalmente; en la aceptación de la propia personalidad como un don de Dios, y la convicción de que debemos aspirar a un trabajo serio e ininterrumpido de perfeccionamiento.

(a) Imagen realista. Ante todo, debemos tener una imagen realista de nosotros mismos, lo cual exige conocer nuestro *temperamento*, al menos en sus rasgos principales, porque sólo de este modo sabremos cuáles son los principales defectos que nos amenazan y por dónde habrán de ir las virtudes que nos han de destacar. Sobre este punto puede servir de modo general el clásico librito de Conrado Hock, *Los cuatro temperamentos*¹⁰, aunque hoy en día se considera insuficiente su división cuatripartita y se prefiere, con razón, otras clasificaciones más amplias y no restringidas a la base temperamental sino a los caracteres o los tipos de personalidad (por ejemplo, los trabajos de Heymans y Le Senne¹¹).

¹⁰ En mi libro *La ciencia de Dios* (San Rafael, 2001) hay un resumen del mismo. También en Royo Marín, *Teología de la perfección cristiana*, a propósito del carácter y del temperamento.

¹¹ Ellos hablan de ocho caracteres fundamentales. Puede verse al respecto el resumen que he hecho en la tercera parte de: Miguel Fuentes, *El examen particular de conciencia*, Virtus/1, San Rafael (2011).

Con mayor razón tenemos que saber cuál es nuestro *defecto dominante*¹².

También debemos conocer los problemas que tenemos (bloques, conflictos, inhibiciones), supuesto que tengamos alguno, y sus *causas* (que pueden hundir sus raíces en el pasado, especialmente en la infancia, y estar totalmente olvidadas). Solo cuando todo esto es asumido concientemente, puede ser comprendido y superado.

Además, para que la imagen de nosotros sea equilibrada, es indispensable la virtud de la *humildad*, para aceptar la realidad, y la de la *veracidad* o *autenticidad* para presentarla sin falsedad ante quien corresponda (el director espiritual, el superior, y, en caso de estar recibiendo ayuda profesional, el terapeuta).

En cambio, se presentan graves problemas cuando se mezcla doblez, mentira o cualquier tipo de “negación” (que puede llegar hasta un verdadero *síndrome* de negación), todo lo cual empuja a no reconocer nuestros propios pecados, defectos y enfermedades.

(b) Aceptar el pasado y el presente. Una persona madura y equilibrada acepta, asimismo, las experiencias vividas en la infancia, tanto las positivas como las negativas e incluso las traumáticas. Aquellas las agradece sin envanecerse ni creerse superior a nadie; estas últimas, en cambio, la asume con sencillez, sabiendo que “es lo que hay”, es decir, no podemos cambiar el pasado, ni conseguiremos borrarlo rebelándonos contra él. Para lograr la madurez es necesario *perdonar* los dolores que hayan sido causados por otros; o *perdonarse* si ocurrieron por atolondramiento, ignorancia o propia culpa (supuesto, para un creyente, el recurrir al sacramento de la confesión). Y en todos los casos, hay que sacar experiencia, ser capaz de convertir toda mala vivencia en *bien* (o sea, en ocasión de crecimiento, de perdón y de aprendizaje) y *vivirla de modo no traumático*.

Cuando algunos problemas sufridos en el pasado no se “digieren” con madurez, o con la ayuda de la oración y de la gracia divina, la persona suele reaccionar (a veces sin plena consciencia) en forma agresiva:

- contra sí mismo: con comportamientos autoagresivos como

¹² Cf. Ibídem, primera parte.

- masturbación, bulimia, anorexia, tristeza, aislamiento, resentimiento;
- contra los demás (padres, hermanos, amigos, superiores): con odios, broncas, división, quejas, culpación, rechazo, abandono...
 - e incluso contra Dios a quien puede acusarse de haber permitido que ocurriera lo que ha causado las heridas (con procesos de inculpación, dudas religiosas y morales, negación de la paternidad de Dios, o incluso la pérdida de la fe).

En esta falta de “digestión” de las heridas (sean reales o imaginarias) se encuentra la raíz de muchas neurosis.

La aceptación de sí mismo implica, también, la aceptación de la propia familia y de la propia historia, sin avergonzarse ni de una, ni de otra.

Manifestaciones de rasgos de inmadurez e incluso de sentimiento (o quizá complejo) de inferioridad son el avergonzarse de la propia raza, del lugar de nacimiento, de la pobreza de su familia, del apellido, de la falta de estudios o de cultura (propia o de sus padres)... A menudo esto empuja a disimular, a mentir, a ocultar, a fantasear e inventar historias respecto de sí mismo. Puede terminar por dar origen a actitudes mitómanas (agrandando la realidad) o megalómanas (delirios de falsa grandeza), mentiras, y hasta “doble vida”.

(c) Aceptar las propias limitaciones y fracasos. También debemos aceptar nuestros propios límites, los cuales forman parte de nuestra realidad. Para crecer es necesario hacer rendir nuestros *verdaderos* talentos, no importa cuáles y cuántos sean (quizá uno solo y no diez como han recibido otros: cf. Mt 25,14-30). En general, alcanza mayor perfección quien se reconoce con pocas luces intelectuales, pero trata de usarlas como mejor puede, que quien puja inútilmente por vender una imagen de erudito que no responde a la verdad.

Todos tenemos limitaciones personales porque éstas son propias de la condición humana. Forman parte de nuestro yo, y aceptarlas es indispensable para ser humildes, es decir para “andar en

la verdad”, como dice la conocida expresión de Santa Teresa. La persona inmadura, cuando fracasa o descubre sus limitaciones se desalienta, reacciona con agresividad, busca la causa de los errores fuera de sí, echa la culpa a las circunstancias o a las personas que la rodean (padres, hermanos, amigos, superiores, compañeros, feligreses, etc.). En el fondo, pretendiendo justificarse de este modo, niega sus deficiencias y traspassa la responsabilidad a los demás. En tales casos se forjan, con frecuencia, mecanismos de negación, de racionalización y de proyección. Muy distinta es la actitud de una persona madura: esta tal vez necesite mucho tiempo para reflexionar sobre los sucesos que la han herido, pero en definitiva reconocerá con lealtad su propia responsabilidad, atribuyéndose las causas de sus desaciertos (sin exagerarlas ni disminuirlas).

(d) El sentido del humor. Otro importante signo de madurez es el auténtico sentido del humor respecto de sí mismo.

Al ver el ridículo que muchas veces hacemos ante los demás, podemos reaccionar con humor (como la persona equilibrada y madura) o con bronca y vergüenza (como el inmaduro). Cuando ocurre esto último, se pierde el control, y uno queda exageradamente atribulado, mortificado y humillado. Como consecuencia, es probable que más tarde se rehúya el trato con quienes conocen los yerros y defectos. Es también signo de inmadurez el humor *ácido*, tanto sobre los demás como sobre sí mismo; hay expresiones de humor que son, más bien, expresiones de resentimiento y verdaderas humillaciones. Hablando de este humorismo ácido e hiriente, decía Gregorio Marañón que hay quienes consideran que el humor da patente de corsario, es decir, que se puede hacer daño y hundir a los demás a condición de que se pueda hacer pasar nuestros zarpazos con el disfraz de la ingeniosidad o de la burla. ¡A cuántos habrá lacerado esta encubierta forma de rencor!

Por el contrario, un equilibrado sentido del humor (respetuoso y caritativo) evidencia una imagen realista de sí mismo. El maduro se ríe de sus propias “metidas de pata”, de sus equivocaciones y de sus defectos. Un ejemplo notable ha sido Gilbert K. Chesterton, que hizo del humor sobre su propio carácter distraído, un arte.

(e) La tolerancia a las frustraciones y fracasos (sentido de la cruz). Todos fracasamos en algo; nadie es perfecto. Si somos limitados, no debe extrañarnos que, a veces, fallemos. Los fracasos pueden ser estruendosos o no, pero son inevitables en alguna medida. Y siempre nos duelen; a veces mucho. Forman parte de nuestra historia y de nuestra vida. Debemos aprender a sacar buenas *lecciones* de nuestros barquinazos. Pueden, por ejemplo, enseñarnos a ser más prudentes, u orientarnos por dónde debemos –o no debemos– ir, y también nos deben educar en el agradecimiento a Dios (que nos perdona y nos da nuevas oportunidades).

Las frustraciones pueden tener diversos orígenes: la pretensión de que los demás nos presten atención; el reclamar una protección excesiva; el no sentirnos amados como lo necesitamos o queremos. O pueden ser simplemente efecto de nuestra limitación o de los accidentes de la vida.

La tolerancia a la frustración, que debería traducirse cristianamente como “sentido (y aceptación) del dolor” y como “sentido (y aceptación) de la cruz”, depende de la educación recibida o de la autoeducación, del amor a Cristo y de muchas otros factores. Es más fácil en personas sufridas, que en personas excesivamente mimadas.

Una baja tolerancia ante la frustración puede traducirse en forma de “agobio”, “desaliento”, “desesperación”, “abandono de las obras emprendidas cuando se vuelven difíciles o cuando presentan reveses”... A menudo manifiesta una inadecuada formación espiritual y/o psicológica.

(f) Confianza y seguridad en sí mismo. Finalmente, una persona equilibrada tiene una *sana*, es decir, equilibrada, confianza en sí mismo. La confianza insana se llama presunción; mientras que su extremo opuesto, la falta de confianza, se traduce como sentimiento de inferioridad, personalidad insegura y excesivamente temerosa. La confianza sana se basa en parte en la adecuada percepción de las propias capacidades y, sobre todo, en la confianza y abandono en las manos de Dios. Un signo de inmadurez es el dudar constantemente de lo que puede uno hacer; el creerse incapaz de lo que toda persona normal es capaz; el sentirse abrumado por las responsabilidades comunes, etc.

2. Algunas expresiones de autopercepción inmadura

La visión inmadura de uno mismo puede presentarse de distintas maneras; destaco en particular:

(a) El sentimiento de inferioridad, que puede tomar formas diversas: vergüenza de sí mismo, desvalorización de sí, mala idea de sí; considerarse incapaz o inepto respecto de cosas que en realidad están bajo nuestro poder de realización. No hay que confundir este sentimiento con la humildad, porque mientras el humilde no siente vergüenza de sus límites, quien padece de sentimiento de inferioridad, por lo general, experimenta también resentimiento por la situación o el límite que lo bloquea y se retrae incluso de lo que cae bajo su responsabilidad; consecuentemente los sentimientos de inferioridad, con no poca frecuencia (aunque no siempre) se acompañan o son compatibles con movimientos de envidia, rencor y con fantasías internas de grandeza.

(b) El sentimiento de superioridad; que a menudo surge como reacción de un anterior sentimiento de inferioridad largamente sufrido y mezclado de disconformidad consigo mismo (por ser menos de lo que se quisiera ser y creerse incapaz de superar los límites), enojo con Dios por haberlo hecho así, y de irritación con los que, queriendo o no, son superiores a uno. Hay algunos que viven hinchados de orgullo, y otros que estallan temporalmente, en arranques maniáticos. En cualquiera de estos casos, la persona tiene una percepción equivocada –permanente o temporal– sobre sí mismo.

(c) La inseguridad excesiva (que es, a menudo, consecuencia del injusto sentimiento de inferioridad): se manifiesta en la huida de toda responsabilidad o el temor morboso al fracaso. Puede fundarse en experiencias pasadas de repetidos fracasos o en injustas comparaciones con personas que son muy capaces.

(d) El espíritu de complicación (que algunos llaman complejo de Demóstenes”) por el que algunos buscan los caminos más difíciles o complicados para hacer las cosas, a menudo por juicio propio o por

actuar sin pedir consejo, o por no seguir los consejos de los demás. Esas personas exigen de sí mismos grandes sacrificios y esfuerzos para lograr un objetivo que podría lograrse de modos más simples y eficaces, desgastando de forma desordenada sus fuerzas. Como contrapartida, al sentirse agobiadas, se quejan amargamente, apareciendo ante los demás como víctimas.

3. Examen sobre el realismo de nuestra autopercepción

Analicemos el grado de conocimiento y aceptación que tenemos de nuestra propia personalidad:

- ¿Conozco y acepto adecuadamente qué soy y cuál es mi situación?
- ¿Conozco y acepto bien mis límites y mis capacidades sin achicarme ni agrandarme indebidamente?
- ¿Entiendo adecuadamente tanto los éxitos como los fracasos que he tenido en mi vida? ¿O hay fracasos que no he podido digerir hasta el momento?
- ¿Reconozco tener problemas (bloqueos, conflictos, inhibiciones) y, en caso de ser así, cuáles son sus causas?
- En un orden más moral y espiritual, ¿reconozco mis pecados, mis faltas y mis defectos, entendiendo las causas que me han llevado a ellos? ¿O, por el contrario, me excuso, culpo a otros, racionalizo para justificarme ante mí mismo o ante los demás, de los pecados cometidos?
- ¿Acepto mi propio pasado familiar: la familia en que he nacido, los padres que tengo, la educación y cultura que he recibido, el lugar donde nací, la situación económica de mi familia? ¿O, por el contrario, me avergüenzo de los míos o de su nivel cultural o de su posición social?
- ¿He digerido cristianamente (lo que equivale a: “perdonar de corazón”) las heridas que puedo haber recibido en el pasado, o, por el contrario, guardo rencores y odios hacia alguna persona?
- ¿Tengo un sano sentido del humor? ¿Sé reírme de mí mismo con serenidad y sin amargura? ¿O son mis bromas excusas

para burlarme con sarcasmo del prójimo, para vengarme de las heridas recibidas? ¿Me burlo con ironía, con rencor o, por el contrario, con moderación y sana alegría?

- ¿Cómo reacciono frente a mis fracasos? ¿Con serenidad? ¿Con desesperación, agobio o desaliento?
- ¿Me alegro en las cruces reales: burlas, desprecios, fracasos, errores, dolores físicos, psíquicos y espirituales? ¿Entiendo, acepto y amo la cruz en toda su amplitud (no solo como dolor físico, sino también como abandono de los demás, desprecio, injuria, mofa)?
- ¿Tengo una confianza equilibrada en mí mismo? ¿O es más bien presunción, creyéndome más de lo que en realidad puedo o atribuyéndome a mí mismo lo que Dios hace en mí? ¿O tengo, contrariamente, una desconfianza insana que me hace vacilante, dudando incluso de la gracia, del auxilio y de la misericordia de Dios?

4. Jesucristo y la aceptación de sí mismo

No encontramos en los Evangelios alusiones directas a la imagen que Nuestro Señor ha tenido de sí mismo; pero la ausencia, en Jesús, de rasgos conflictivos con su propia personalidad es una clara indicación de una vivencia normal, pacífica y serena de esta esfera. En Jesús no encontramos ansiedades, escrúpulos, perplejidades, preguntas atormentadas, ni quejas. Vemos en Él un claro sentido de su misión, del dolor y del fracaso (humano): “el que muere da mucho fruto; el que no muere no da fruto”. Siempre mantiene una actitud serena en las dificultades, dominadora de la situación, que nunca alcanza a ahogarlo. Ni siquiera en el momento supremo del “abandono” en la cruz, su actitud es desesperada; al contrario, entrega su vida poniéndola confiadamente en las manos del Padre. Jamás se observa en Cristo, ni siquiera durante su Pasión, pérdida del temple, titubeo, nerviosismo o tendencia al histerismo. No manifiesta timidez, ni ignorancia de sus límites. No es exhibicionista. Todo esto es signo, ciertamente indirecto pero igualmente indiscutible, de una autopercepción o imagen de sí mismo humilde, objetiva, equilibradísima y adecuada a la realidad.

5. Para cultivar la aceptación de sí mismo

Como uno de los factores que más contribuyen a la errónea aceptación de sí mismo es el defectuoso sentido del sufrimiento (especialmente cuando este se presenta relacionado con los propios fracasos, defectos, y limitaciones), recomiendo la lectura del opúsculo del beato Carlo Gnocchi, “Pedagogía del dolor inocente”¹³.

En particular sugiero un serio y profundo trabajo en la virtud de la humildad, la única que puede darnos una centrada percepción de nosotros mismos

Lecturas recomendadas:

—Hock, Conrado, *Los cuatro temperamentos*, Difusión, Buenos Aires (1946).

—Tóth, Tihámer, *El joven de carácter*, Buenos Aires (1940).

—Polaino-Lorente, Aquilino, *En busca de la autoestima perdida*, Desclee de Brouwer, Bilbao (2003).

—Fuentes, Miguel, *Naturaleza y educación de la humildad. Tres ensayos sobre la humildad*, Virtus/12, San Rafael (2010).

¹³ Lo he publicado en: Fuentes, Miguel, *El dolor salvífico*, San Rafael (2008), 145-172.

III. Maduración de la relación con los demás

El ser humano, dice Santo Tomás, es “animal sociale et politicum”: animal social y político¹⁴. Al punto de que “si hubiese un hombre que no fuese social por su naturaleza, o se trataría de un vicioso afectado por alguna corrupción de su naturaleza, o de un hombre del todo superior, con una naturaleza más perfecta que la de los demás hombres de modo tal que pueda bastarse a sí mismo sin la colaboración de sus prójimos, como ha sido el caso de san Juan Bautista y del ermitaño san Antonio. Aristóteles recuerda que Homero maldecía a cierto personaje que no podía vivir en sociedad a causa de su perversidad: no pertenecía a ninguna tribu porque le resultaba imposible trabar una amistad, carecía de ley porque no se sujetaba a ninguna norma, y vivía como un loco porque no se regía por ningún criterio racional. Los que son así, son agresivos, penden-cieros y caprichosos. Porque al hombre le sucede lo que a las aves: o son sociales o rapaces”¹⁵. Se comprende, pues, que la madurez entrañe un particular florecimiento y equilibrio de nuestra capacidad de relacionarnos con los demás seres humanos: empezando por los de nuestro entorno familiar, laboral, cívico, etc.

1. En qué consiste la madurez social

Una vinculación madura con nuestros semejantes se produce cuando trabajamos con ellos lazos teñidos de confianza, colaboración y diálogo.

¹⁴ Santo Tomás, *In Ethicorum*, 1,1; 8,12.

¹⁵ Santo Tomás, *In Politicorum*, 1,1, n. 35.

(a) Confiar en los demás. El primer rasgo de una relación equilibrada es la *confianza*. El que confía sanamente en sí mismo también es capaz de fiarse de los demás, de entablar relaciones sanas de amistad y amor, de trabajar juntos. A menudo es la desconfianza en sí mismo la que se proyecta hacia los demás como temor (de darse, de fiarse, de relacionarse). El temor aleja de los demás y encierra a la persona en su propio mundo.

Para convivir no es suficiente compartir el mismo ideal de vida que los demás, sino que hay que convivir equilibradamente. Los miembros de una comunidad religiosa pueden coincidir en los ideales que persiguen, pero hostigarse mutuamente por razones ajenas a los principios intelectuales que los rigen.

Debemos ser conscientes de que, si bien la madurez personal exige la paciencia y la serenidad ante el desprecio y el rechazo de parte de los demás (que ya hemos mencionado al hablar de la tolerancia a la frustración), esto no significa carecer de una sana necesidad de ser aceptado y valorado por los demás (más en la infancia que en la adultez). Aunque sea necesario estar dispuestos a soportar la cruz de la soledad, también hay que respetar y cuidar un deseo bueno, sano y medido de estar integrados en un grupo (familia, amigos, comunidad religiosa...). Cuando las frustraciones en este campo se han repetido a lo largo de la vida (y en particular cuando se han experimentado en la infancia, como ocurre a quienes han sido abandonados por sus padres, o han tenido una relación insana con ellos o con sus hermanos, o con sus pares en la escuela) puede generarse una propensión al retraimiento, al temor a la verdadera y sana amistad. Por esta vía se abren muchos caminos que preparan el terreno a conductas antisociales, a vicios como la masturbación y a confusiones en la identidad sexual que pueden terminar en conductas homosexuales...

La capacidad de confiar en los demás es fundamental para un funcionamiento armonioso y equilibrado y es la base de toda amistad. De todos modos, llegado el caso de experimentar, por las razones que sean, un injusto aislamiento o rechazo de parte de aquellos con quienes se convive, es necesario aprender a enfrentar esas dificultades con equilibrio.

(b) Capacidad para trabajar en grupo. Convivir exige cooperar y colaborar, es decir, trabajar en conjunto con otras personas. Por una razón muy profunda los dos miembros que conforman la más básica y natural de las sociedades humanas, el matrimonio, son llamados “cónyuges”, que significa, etimológicamente, “los que están atados por el mismo yugo”, imagen tomada de los bueyes que *tiran juntos* del carro.

Hay situaciones y vocaciones singulares que inclinan a vivir o trabajar solos. Pero es distinto cuando alguien se aísla para entregarse a Dios o al estudio, o por alguna otra razón comprensible y laudable, y cuando lo hace por ser incapaz de convivir o de trabajar en armonía con otros. Si lo primero puede ser considerado meritório, lo segundo, en cambio, es problemático.

Para que se dé cualquier tipo de comunidad es necesaria la participación de todos sus miembros. Una familia cuyo peso (no sólo económico, sino también, unitivo, educativo, laboral, religioso...) recae exclusiva o preponderantemente sobre uno de los miembros, es un carro en el que solo tira uno de los bueyes mientras el otro o los otros se hacen arrastrar; la consecuencia es que el carro no avanza sino que gira en círculos y que, tarde o temprano, el buey que hace el gasto, muere reventado. Esta es una razón muy frecuente del disfuncionamiento de muchos grupos sociales: familias donde el padre trae el sustento económico, pero el orden material, la educación de los hijos, las palabras de armonía, los intentos de diálogo, la oración y la nota religiosa... se asientan sobre los lomos de la esposa. O al revés, todo sobre el esposo; y en algún caso, sobre alguno de los hijos. Aquí ya no se puede hablar de “consortes”, de personas que se han asociado “en la misma suerte” o misión. Se puede decir lo mismo de comunidades religiosas, grupos de amigos, entidades apostólicas...

La vida comunitaria exige, pues, capacidad de apertura de trabajo en conjunto. Lo cual implica que cada persona debe procurar tener:

- Capacidad de colaborar *activa y espontáneamente*, o sea, no sólo *cuando son movidos o mandados*, sino espontáneamente. Hay quienes solo actúan cuando se les obliga, y otros que lo hacen de “motu proprio”. Tener espontaneidad manifiesta

una *sana independencia*, así como el *depender excesivamente*, para hacer algo, de las órdenes o directivas de los superiores o encargados, incluso en cosas mínimas y ordinarias, denota inmadurez, dejadez, problemas de carácter y voluntad y vicios (pereza, dejadez, haraganería).

- Capacidad de *salir* de sí mismo (dejar de buscar los propios intereses) para *ayudar y colaborar*.
- *Responsabilidad* en los trabajos asignados y conciencia de que no se debe cargar sobre los demás lo que corresponde a uno mismo. Lo contrario es irresponsabilidad y espíritu de *chanta*.
- Capacidad de *iniciativa* (que es otro aspecto de la colaboración “activa”), es decir, habilidad para proponer ideas, y también para realizar tareas que el sentido común o la sensibilidad social demuestran que “se deben” hacer, pero que nadie nos manda realizar (ordenar algo desordenado; limpiar lo que está sucio; ofrecer una *mano* a quien lo necesita pero no lo pide).
- Tener sentido de organización en el trabajo (organizarse y trabajar ordenadamente).

(c) Capacidad de diálogo. El diálogo es el instrumento fundamental de comunicación para todo grupo social, especialmente la familia y la comunidad religiosa. Sin diálogo no hay mutuo conocimiento, interés, ni convivencia. Para que pueda darse un sano diálogo se requieren cualidades respecto de uno mismo y respecto de los demás.

Respecto de uno mismo: *transparencia y sinceridad* (que se obstaculizan cuando alguien se mueve por antipatías y simpatías, resentimientos, justificaciones y juicio propio); deseo de *buscar la verdad* (que implica la disponibilidad para cambiar cuando se descubren errores en la propia conducta).

Respecto del interlocutor: *confianza*; amor y respeto; evitar juicios y prejuicios; saber escuchar; *espíritu de fe* (sobre todo si se trata de un superior religioso o un director espiritual, quienes representan a Dios).

(e) Capacidad para el “desengaño”. Señalo otro rasgo importante que pone en evidencia el grado de madurez de una persona: la to-

lerancia al desengaño. Tomo esta idea de alguien que le tocó sufrir en carne viva: José Kentenich¹⁶. El desengaño –o desilusión– es insoslayable de toda existencia humana. Las cosas y principalmente las personas nos provocan muchos y notables desengaños. Dios los aprovecha como instrumento pedagógico para limar todos los apegos desordenados que nacen espontáneamente, como los callos se forman por el uso repetido de un instrumento. Nos apegamos a las personas que amamos, a los lugares en que vivimos, a las cosas que solemos tener, a nuestros planes, a nuestros hábitos, a las instituciones a las que pertenecemos, incluso a nuestras ilusiones y sueños... Apegarse significa poner la esperanza en esas realidades, confiar a ellas nuestro futuro, nuestra seguridad, nuestro respaldo. En muchos casos es una reacción completamente natural, sobre todo cuando esas obras son hijas de nuestros esfuerzos.

Y Dios se aprovecha del desengaño como medio pedagógico. El desengaño se produce cada vez que esas personas, instituciones, realidades materiales o ideales soñados, frustran nuestras expectativas, nos decepcionan fallándonos en cuanto esperábamos de ellos. Dios no permite el desengaño para que nos amarguemos sino para darnos nuevas energías; para pulir nuestra búsqueda fundamental (que debe ser “Dios solo”) y para corregir la dirección de nuestros afectos. ¡A cuántos, como a San Alfonso, lo echaron a la calle los mismos que él congregó y fundó! ¡A cuántos y a cuántas los años les mostraron un cónyuge completamente distinto del novio o la novia con que proyectaron vivir toda la vida! ¡A cuántos les resultaros sus propios hijos todo lo contrario de lo habían soñado de ellos! “Los desengaños nos vienen de todos lados, decía Kentenich: de nuestros superiores, de nuestros hermanos y subordinados. Y ya verán que no pasará mucho tiempo hasta que nosotros mismos hayamos desilusionado a otros. ¿No lo creen? Simplemente es parte de la vida real. Solo el hombre maduro, o si les parece, el niño sencillo, podrá superar estos problemas”. Estas son, a veces, las pruebas más difíciles de superar. “Las personas de carácter débil no logran superar los grandes desengaños y son presa de la amargura... Y les digo que los

¹⁶ Kentenich, José, *Niños ante Dios*, Ed. Patris, Córdoba (2005), 190-193.

sacerdotes amargados son gente peligrosa”, decía el mismo autor. Quizá la peligrosidad sea una cualidad de toda persona amargada; pero los que quieren tomarse revancha son, ciertamente, los peores.

Cuando los desengaños producen amargura intensa, y esta amargura lleva a abandonar las obras que uno había comenzado, o las obligaciones a las que está sujeto, es señal que no se hacían puramente por Dios. Quizá se buscaba inconscientemente la felicidad en esa actividad o profesión u oficio que ahora nos ha desilusionado. O, si se trata de personas, queríamos tal vez agradar al que luego nos desengañó; o se espera su aprobación, o algo a cambio... o se le exigía que no tuviera defectos, que no cayese nunca del pedestal en que lo habíamos puesto en nuestro corazón... que no nos fallase nunca. Sencillamente de nadie humano debemos esperar esto; sólo Dios nos ha dicho que no nos fallará nunca. Lo que tenemos que hacer, debemos hacerlo porque está bien hacerlo, o porque es nuestro deber. Aunque los demás nos fallen y nos dejen solos; aunque nos abandonen, aunque nos defrauden. Excusar nuestros propios yerros, nuestras defecciones, nuestros aflojes en lo que debemos a Dios (especialmente cuando se lo hemos prometido por voto, promesa o compromiso) acusando a otros (“me falló, me defraudó, me dejó solo, se mostró distinto a como yo lo suponía”...) equivale a acusarnos a nosotros mismos: acusarnos de que no buscábamos solamente a Dios. La amargura que siguió al desengaño lo puso a luz.

(e) Las “pequeñas virtudes”. En definitiva, para una relación madura con el prójimo la persona debe desarrollar ciertos hábitos virtuosos, que san Marcelino Champagnat denominó, con expresión prestada de San Francisco de Sales, “pequeñas virtudes”, que conforman un conjunto de hermosas cualidades que apuntalan “detalles” de la convivencia cotidiana (los que, a la postre, determinan una convivencia equilibrada y feliz o una coexistencia disarmónica y dolorosa). Nos limitamos a enumerarlas, aunque valdría la pena meditarlas detenidamente. Ellas son:

- 1^a La *indulgencia*, que excusa las faltas del prójimo, las disminuye, también las perdona muy fácilmente, aunque no pueda esperar lo mismo para sí.
- 2^a La *disimulación caritativa*, que parece no darse cuenta de

los defectos, sinrazones, faltas y palabras poco atentas del prójimo, y que todo lo soporta sin decir nada y sin quejarse. “Disimulad, sufrid los defectos de vuestros hermanos” (Col 3,13). No debemos olvidar que la corrección fraterna no abarca todos los defectos sino los defectos graves¹⁷. Y además, aun después de haber corregido o reprendido, es necesario sufrir y soportar, habiendo, como hay, defectos que sólo se curan con el ejercicio de una larga paciencia.

- 3^a La *compasión*, que comparte las penas ajenas para suavizarlas, que llora con los que lloran, que toma parte en los trabajos de todos e interviene para aliviarlos o sobrellevarlos uno mismo.
- 4^a La *santa alegría*, que comparte también los gozos de los que están felices, pero con la intención de acrecentarlos (cf. 1Co 9,19-22; 2Co 11,29).
- 5^a La *flexibilidad* de ánimo, que sin motivos muy serios jamás impone a nadie las propias opiniones, sino que admite lo bueno y racional que hay en las ideas de los demás, y aplaude sin envidia los buenos pareceres ajenos para conservar la unión y la caridad fraterna. Implica la renuncia voluntaria a la obstinación e intransigencia en las propias ideas. “No disputes, huye de contiendas de palabras” (2Tm 2,14).
- 6^a La *solicitud* caritativa, que se apura a ayudar las necesidades de los demás antes que ellos lo pidan para evitarles la humillación de pedir ayuda; es la bondad de corazón que nada sabe negar, que está siempre al acecho para poder servir, para dar gusto y obsequiar a todo el mundo.
- 7^a La *afabilidad*, que atiende a los importunos sin mostrar impaciencia, que siempre está pronta para acudir en ayuda de los que piden auxilio, que instruye a los ignorantes sin cansarse y con toda paciencia.
- 8^a La *urbanidad* y la *cortesía*, que hacen que uno se adelante a todo el mundo en las demostraciones de respeto, atención y deferencia, y que impulsa a ceder siempre el primer lugar en obsequio de otros: “Anticipaos unos a otros en

¹⁷ Corregir los defectos leves es tarea, en cambio, de los superiores respecto de los inferiores, y suponiendo todos los pasos propios de la corrección fraterna.

las señales de honor” (Rm 12,10). Las demostraciones de estima y veneración manifestadas con sinceridad fomentan el amor mutuo.

- 9^a La *condescendencia*, que se presta fácilmente a los deseos de otros, se inclina para complacer a los inferiores, escucha sus observaciones y muestra apreciarlas aunque no siempre sean perfectamente fundadas.
- 10^a El *interés por el bien común*, que hace preferir el provecho de la comunidad, y aun de los otros particulares, al propio, y que se sacrifica por el bien de los demás y la prosperidad común.
- 11^a La *paciencia*, que sufre, tolera, soporta siempre, y no se cansa jamás de hacer el bien, aun a los ingratos. Soportar con paciencia las imperfecciones, defectos e importunidades del prójimo es el verdadero camino para tener paz y conservar la unión con todos.
- 12^a La *igualdad de ánimo y de carácter*, por la cual uno es siempre el mismo sin altibajos, y no se deja llevar de una alegría loca, ni de la cólera, del fastidio, de la melancolía, del mal humor; sino que permanece siempre bondadoso, alegre, afable y contento de todo.

2. Algunos síntomas de inmadurez en la sociabilidad

Entre las manifestaciones de inmadurez más frecuentes en esta dimensión podemos enumerar las siguientes:

- (a) Ante todo, como es obvio, toda forma de odio, rencor, bronca e incapacidad de perdonar.
- (b) El sentirse, injustificada o exageradamente, abandonado o rechazado (complejo de abandono). Esto puede empujar al ostracismo (cerrarse sobre sí mismo) y al resentimiento, al mal humor, a la auto-compasión, a la irritabilidad, y a las continuas quejas sobre los otros haciéndolos responsables de todos los males que nos aquejan.

(c) Toda forma de infantilismo que puede presentarse en forma de dependencia excesiva, inseguridad, indecisión, eludir responsabilidades, búsqueda excesiva de seguridad y protección en los demás, etc. Algunos designan estas conductas con el término babyficación (bebotizarse, hacerse el niño pequeño). Este comportamiento puede asumir las formas de “protección pasiva” (ampararse desmedidamente en determinadas personas) o “satelitismo” o “falderismo” (el girar constantemente en torno a una persona determinada) y la dependencia de personas sobreprotectoras. Cuando ocurre algo así, la persona dependiente o sobreprotegida establece una relación simbiótica por la cual mira, siente y actúa exclusiva o principalmente a través de quien las protege, a quien admiran y con quien se ligan afectivamente, de modo a veces exclusivo y excluyente.

(d) La sobreprotección (o protección activa), que es la tendencia a constituirse, sin mandato de nadie, en tutor de quienes consideran más débiles, indecisos, frágiles, aunque tales cualidades solo sean imaginarias. Estas personas se autoconstituyen en “mamitas” o “papiños” de los débiles. Tales actitudes, quizá no intencionalmente morbosas, pueden terminar en abusos, celos, violencias, e incluso en desórdenes sexuales y homosexuales.

(e) El llamado “complejo de Coriolano” (en referencia al antihéroe romano que, tras ser desterrado de su patria, se unió a los enemigos de la misma para combatirla): es la actitud de quien, humillado o rebajado por los demás, comienza a tener actitudes de deslealtad y resentimiento “pateando en contra” de los suyos.

(f) La celotipia o incapacidad para tolerar que otros sean preferidos en el amor, el trabajo, los puestos, etc. Suele estar en conexión con sentimientos de inferioridad. Se relaciona con la envidia, que es una forma de infantilismo (y un vicio capital), y se manifiesta en rivalidades, competencias, murmuraciones, y el “peyorativismo” (es decir, la tendencia a desmerecer las obras de los demás: “es bueno, pero...”).

3. La madurez de Jesucristo respecto del prójimo

Una lectura serena de los evangelios es más que suficiente para mostrarnos de modo patente el modo en que Nuestro Señor vivió las virtudes a las que hemos aludido más arriba. No hacen falta indicaciones especiales para este punto, pues todo el relato evangélico es un espejo de la caridad, misericordia y sociabilidad del Señor.

4. Examen

Podemos examinar el nivel de nuestra madurez respecto de esta importante faceta humana, con las siguientes preguntas:

- ¿Tengo confianza en quienes me rodean?
- ¿Suelo quedar abatido cuando no me siento adecuadamente valorado?
- ¿Me integro en los grupos a los que pertenezco de forma natural: colegio, universidad, parroquia, comunidad religiosa, etc.? ¿O tiendo a aislarme?
- ¿Puedo convivir *equilibradamente* con el prójimo, o periódicamente me peleo, caigo en discordias, discusiones?
- A los demás, ¿les hago fácil o difícil la vida y la convivencia?
- ¿Colaboro con los demás de modo espontáneo?
- ¿Soy capaz de asumir responsabilidades y llevarlas a cabo sin que me estén insistiendo o corrigiendo por hacer las cosas a medias o mal o de modo inconstante?
- ¿Tengo una sana independencia o soy una persona *malamente dependiente* (dependencias afectivas) respecto de alguien en particular?
- ¿Tengo capacidad de iniciativa, de proponer ideas y planes, de ofrecerme al trabajo?
- ¿Soy organizado en mi trabajo y capaz de trabajar en colaboración con otros?
- ¿Soy transparente con los demás, sin tener segundas intenciones en mis relaciones?
- ¿Busco la verdad sobre mí mismo? ¿Soy abierto a ella cuando viene de otros, o cuando me dicen la verdad de una forma

- poco caritativa (por ejemplo, con correcciones inoportunas)?
- ¿Tengo confianza con quienes me relaciono, escuchándolos con franqueza y docilidad?
- ¿Sé escuchar? ¿Soy respetuoso? ¿Tengo prejuicios? ¿Soy obcecado?
- ¿Me siento abandonado?
- ¿Tengo comportamientos infantiles como dependencia, berrinches, inseguridad, celos, etc.?
- ¿Busco personas a quienes “sobreproteger” como su fuera su padre, su guía, etc., sin tener la misión de guiarlos (como corresponde, por ejemplo, a un superior o a un director espiritual) sino más bien por afán de volcar mi afecto hacia alguien en particular?
- ¿Me siento *inferior* a los demás? (“inferior” no es igual a “humilde”: el inferior se siente inferior pero con resentimiento; el humilde se siente inferior y está agradecido del modesto lugar que ocupa). ¿Reacciono a esto, aunque sea solo de vez en cuando, con explosiones de *superioridad*, por ejemplo, imponiendo mis criterios, mis decisiones, etc.?
- ¿Soy rencoroso? ¿Busco vengarme de quienes me humillan o me hieren?
- ¿Soy envidioso?
- ¿Me quejo?
- ¿Tengo complejo de autocompasión (queja constante de que nadie me quiere, o no me valoran, o de que me toca siempre lo peor, etc.?)
- ¿Responsabilizo a los demás de mis problemas?

5. Cuestiones prácticas

Es claro que pocas personas gozan de un nivel sublime de madurez social. Nos animaríamos a decir que solo se da plenamente en los santos (o mejor: las personas en quienes se da, son santas). Algunos defectos en esta dimensión no deberían preocuparnos grandemente pero sí comprometernos seriamente en nuestra intención de perfeccionarnos y santificarnos. Pero si, en cambio, encontramos *graves* o *demasiados* defectos para vivir en armonía y caridad con

los demás, deberíamos plantearnos la necesidad de un trabajo muy serio y empeñado. Incluso pidiendo ayuda a quien pueda guiarnos con mano firme y experta en esta labor.

En los casos particulares en que sea necesario trabajar el perdón respecto de quienes nos han herido (uno de los aspectos más delicados de este campo), sugiero utilizar lo que ya he propuesto en “El camino del perdón”, citado a continuación.

Lecturas recomendadas:

—Cuadro Moreno, Osvaldo, *Los cuatro cocodrilos del alma*, Lima (2005).

—Fuentes, Miguel, *El camino del perdón*, Virtus/10, San Rafael (2008).

—Philippe Jacques, *La libertad interior*, Ed. San Pablo, Buenos Aires (2006).

IV. Maduración de la esfera afectiva y sexual

Cada persona debe poseer una maduración afectivo-sexual imprescindible, acorde a su edad, si bien susceptible de ulterior desarrollo y progresiva integración. A nadie se le puede pedir una madurez superior a la correspondiente a su edad.

Con el trabajo adecuado es de esperar que pueda crecer siempre en la capacidad de amor oblativo y de amistad.

1. Lo que implica la madurez afectivo-sexual

La madurez afectivo-sexual implica algunos aspectos fundamentales.

(a) El reconocimiento y la aceptación de la propia sexualidad.

Es decir, comprender la propia condición de varón o de mujer, que equivale a la armonía entre la conciencia psicológica (lo que uno percibe ser) y los caracteres físicos-genéticos (lo que somos de hecho por nuestra condición corporal). Dicho en otras palabras: un varón psíquicamente normal es el que se percibe como tal, es decir, como varón; y una mujer psíquicamente normal es la que se aprecia como mujer. Los que se autoperciben como “personalidades encerradas en un cuerpo extraño” (un varón en un “envase” de mujer o una mujer en un “envase” de varón, para usar una expresión que algunos usan) manifiestan un serio desequilibrio.

Más todavía; para la madurez, es necesario que una persona sea consciente de que su masculinidad o femineidad es un don recibido del Creador para cumplir una misión en esta vida temporal

con la modalidad propia del ser masculino o femenino. Sólo quien comprende que ha recibido gratuitamente su corporeidad con los caracteres dados por la naturaleza en su nacimiento está en condiciones de valorarla y agradecerla.

Esto implica una serena aceptación del aspecto orgánico-fisiológico o genitalidad. Es decir, experimentar una conformidad psicológica y afectiva con el propio sexo biológico (orgánico-fisiológico), tener una clara identidad sexual acorde con el sexo biológico, y vivencias armónicas (que se manifiestan a través de los gestos, los ademanes, las actitudes, etc.); asimismo se revela en la orientación heterosexual (apertura y tendencia a la complementariedad con el sexo opuesto).

Para alcanzar esta armonía psíquico-fisiológica es esencial el trabajo educador de los padres o de quienes hacen sus veces (como en el caso de los hijos adoptados). Se alcanza de modo natural cuando el niño logra una identificación con el progenitor del mismo sexo y cuando se siente aceptado por sus padres, hermanos y, luego, por sus pares.

(b) La vivencia de la propia afectividad como expresión de la masculinidad o feminidad. Los sentimientos, emociones, afectos, se arraigan profundamente en la sexualidad; por tanto, la esfera afectiva también es diversa en el varón y en la mujer, los cuales no sienten, ni juzgan, ni aman, de modo idéntico. La vida afectiva del varón tiene matices diversos de la vida afectiva de la mujer. Esta distinción debe ser entendida y aceptada. El varón debe tener afectos viriles y los de la mujer deben ser femeninos. La persona equilibrada y madura no experimenta particular conflictividad en este aspecto, salvo, quizá, en alguna etapa de su desarrollo (en particular en la transición que va de la adolescencia a la adultez). Todo conflicto demasiado intenso, duradero o estable, en este orden, es un signo importante de inmadurez. Muchas veces aparecen conflictos, con manifestaciones afectivas de tinte homosexual, causados por una educación deficiente, o por el rechazo de los progenitores, o por una imprudente sobreprotección materna, y especialmente, a causa de la ausencia (o la desatención) del padre en la vida del hijo o de la hija.

(c) El conocimiento y la aceptación del sexo opuesto. Es decir, la capacidad de establecer sanas relaciones de amistad y respeto con personas del otro sexo, sin que esto conlleve perturbaciones, apegos indebidos, amistades peligrosas, o desgobierno de la propia sensibilidad.

Esta dimensión debe ser vivida de una manera por quien se siente llamado al matrimonio y de otra por quien decide consagrarse en la vida religiosa o en el celibato. Por parte de este último, implica el reconocimiento de aquello a lo que renuncia y la aceptación serena de tal renuncia. Estaría moviéndose por motivos equivocados quien eligiera la vocación consagrada por temor o timidez ante el otro sexo, por inseguridad respecto del matrimonio, por incapacidad de establecer una respetuosa relación con personas del otro sexo. Estos motivos no son una base firme para vivir auténticamente la castidad, además de ser signos de vocación inauténtica.

(d) El conocimiento de los planes divinos sobre la sexualidad y la castidad. La madurez afectiva supone también conocer los planes de Dios sobre la sexualidad y la aceptación de los mandamientos de la ley natural y divina al respecto. Por tanto supone el conocimiento de la sexualidad y de la virtud de la castidad como realidad necesaria para todo ser humano, así como los diversos modos de vivirla según el estado de vida de cada uno (soltero, casado, consagrado, viudo¹⁸).

Requiere asimismo conciencia de la inevitable lucha interior que impone la concupiscencia desordenada que llevamos como una consecuencia del pecado original y de la que nadie está exento, como testimonia el mismo san Pablo: “Descubro, pues, esta ley: aunque quiera hacer el bien, es el mal el que se me presenta. Pues me complazco en la ley de Dios según el hombre interior, pero advierto otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi razón y me esclaviza a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Pobre de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo que me lleva a la muerte?” (Rm 7, 21-24). Exige también comprender la virtud de la castidad como fuerza integradora, y no como una angustiosa represión de la vida instintiva. Cuando una persona considera la castidad virginal como

¹⁸ Cf. Fuentes Miguel, *La castidad ¿posible?*, Edive, San Rafael (2006).

freno o destrucción de la propia condición sexual, está en potencia para muchos desequilibrios psicológicos y posibles manifestaciones neuróticas.

(e) Autocontrol. La madurez afectiva impone asimismo la adquisición de los hábitos virtuosos que nos permiten dominar nuestros instintos, a saber: la virtud de la templanza en sus distintas facetas: castidad, sobriedad, continencia, etc. Estos hábitos no nos eximen de luchas y tentaciones, pero nos disponen a pelear bien y a triunfar sobre las tendencias desarregladas de nuestra naturaleza y temperamento.

(f) La castidad elegida. Un elemento muy importante de la madurez personal es el vivir la castidad como fruto de una *explícita elección libre*. Muchas personas viven su castidad, pero como una *condición para otra cosa*. Algunos casados viven la castidad matrimonial (fidelidad, apertura a la vida en los actos sexuales), como una *situación obligada* para no arruinar su matrimonio o solo porque lo exige su cónyuge. Puede suceder otro tanto en los célibes que viven el celibato como *condición* impuesta por la Iglesia para poder acceder y permanecer en el sacerdocio o en la vida consagrada. Hay también otros motivos completamente insuficientes para vivir la castidad: el temor a un embarazo no querido, el miedo a contagiarse una enfermedad, el rehuir compromisos demasiado “serios”, la vergüenza de no ser verdaderamente capaces de satisfacer afectiva o sexualmente a otra persona... Una castidad basada en estas causas u otras afines no es plena; y produce, a la larga, desgaste y crisis. La castidad debe ser elegida por sí misma, por el bien intrínseco que posee para todo ser humano, y por la atracción que ella misma ejerce sobre la voluntad de la persona madura. Y si esto vale para todo modo de castidad (o sea: también para la castidad matrimonial y el noviazgo) pesa singularmente para quien abraza el celibato y la virginidad consagrada. Sólo puede ser afectivamente feliz el célibe que quiere serlo por imitación de Cristo célibe y como entrega total a Dios; no lo es, en cambio, quien sólo es célibe porque quiere ser sacerdote en un rito (el latino) que exige el celibato como condición para el sacerdocio o porque se rehúyen las responsabilidades del

matrimonio o el peso de la maternidad o paternidad. Quien abraza una vocación para huir de las cruces que tiene la contraria, no tiene auténtica vocación. El celibato que no es elegido por sí mismo puede convertirse, a la corta o a la larga, en fuente de incomprensiones y luchas internas, y manifiesta inmadurez en la persona que no ha sido capaz de comprender la grandeza del estado que posee. Lo mismo se diga del casado que no valora por sí mismo el don de la castidad matrimonial (es decir, vivir el matrimonio dentro de las normas morales que impone la ley natural y la ley de Dios).

(g) Evolución hacia el amor oblato. La maduración afectivo-sexual tiene su máxima expresión en la capacidad de amor oblato. La verdadera madurez implica la *capacidad de donarse a sí mismo* (sin egoísmo), ya sea en el matrimonio (al cónyuge) o en la vocación consagrada (a Dios y al prójimo).

El amor oblato es la capacidad de entrega; implica el salir de sí sin exigir retribución a cambio. Se contrapone al amor de concupiscencia o interesado por el que uno se da en la medida que recibe, o mejor aún, con la *intención de ser retribuido*. El oblato, en cambio, es el que quiere tiende a transformarse en cierto sentido en una expropiación. Como dice Aquilino Polaino: “Amar a una persona es autoexpropiarse en favor de otro. Es decir, uno tiene la propiedad de su propio ser y cuando ama a otra persona y se da a ella, lo que en verdad realiza es como si fuera al registro civil y declarase lo que sigue: «Mire usted, este señor que soy yo, ya va a dejar de ser propietario de sí mismo y va usted a escriturar y registrar esta propiedad a nombre de esta persona», justamente aquella a la que ama”. Esto puede hacerse en favor de un cónyuge, como ocurre en quienes se casan, o en favor de Dios, como hacen los que se consagran totalmente a Él en la vida religiosa o en el sacerdocio; y cuando se hace en favor de Dios, puede hacerse en favor de los pobres, de los pecadores o de cualquier prójimo que represente a Dios, según aquello de san Juan: “tenemos de Él este precepto, que quien ama a Dios ame también a su hermano” (1Jn 4,21).

En la vocación consagrada se manifiesta particularmente en el deseo de ser útil a los demás, ante todo en el orden sobrenatural (llevar a los hombres a la gracia y a la amistad con Dios) y, al mis-

mo tiempo, pero de modo secundario, en el plano temporal. Si la oblación sólo contempla el plano temporal (ayudar a las necesidades físicas: calmar el hambre, saciar la sed, aplacar el sufrimiento físico o psicológico) tenemos un amor bueno pero imperfecto y secularizado, humanamente encomiable, pero insuficiente para garantizar la perseverancia del consagrado. La verdadera oblación del consagrado debe nacer, por el contrario, de su amor a Dios y del deseo de imitar a Jesucristo, terminando por desgastarse por su prójimo. Sólo así podrá darse plenamente sin el riesgo de comprometerse con afectos indebidos por aquellos que socorre (como ocurre a veces, desembocando en el abandono del estado consagrado).

El amor oblativo exige la adquisición de las virtudes que hemos indicado más arriba como “pequeñas virtudes”. También *entraña empatía* (es decir, capacidad de situarse de manera vivencial en el lugar del otro, y sentir como propias sus dificultades, experiencias, emociones, intereses y aspiraciones).

El verdadero amor oblativo busca el crecimiento del prójimo, el desarrollo de sus potencialidades y su perfeccionamiento, colaborando activamente para lograrlo. En tal sentido evita sofocar y dominar afectivamente a la otra persona, como sucede, en cambio, a las personas inmaduras sobreprotectoras o dominantes. Para no deslizarse a este último defecto, es necesario respetar la autonomía y libertad de cada prójimo, reconocerlo como imagen de Dios, única e irrepetible; como un proyecto original dentro de los planes del Creador, que debe realizarse de manera distinta en cada persona. Por eso el amor oblativo ama al otro evitando utilizarlo o apegarse a él. Es *desinteresado*, no exige nada del otro; está libre de todo afán posesivo; evita imposiciones que coarten la libertad ajena o apunten a forjar al prójimo según los propios criterios personales. Y es capaz de *renunciar* a los demás cuando la prudencia o la voluntad divina lo exige (san Ignacio se desprende de su mejor religioso –Francisco Javier– para mandarlo al lejano Oriente; los apóstoles renunciaron a sus familias para seguir a Cristo – “lo hemos dejado todo por ti”: Mt 19,27–; otros se han desligado total y definitivamente de amistades o trato con personas por quienes han comenzado a experimentar afectos incompatibles con la entrega total del corazón a Dios o con la vida de la gracia).

(h) Amor de amistad en la comunidad religiosa. La madurez afectivo-sexual implica la capacidad para establecer sanas amistades. Esto vale también para la persona llamada a la vocación religiosa. La verdadera amistad, para el religioso, es no sólo importante sino parte de su proceso de maduración. Pero para esto debe ser siempre franca y abierta ante las miradas ajenas, especialmente ante los superiores; dispuesta inmediatamente a la separación por el bien de las almas (cuando cualquiera de los amigos es enviado a otro destino), nunca inclinada al mal espíritu (murmuración, chisme, intriga, crítica...) La sana amistad ayuda al religioso en el desarrollo de la confianza, en la capacidad de comunicación, y a superar los momentos difíciles que en cualquier estado de vida se presentan. Bien llevada es un importante sostén de la castidad consagrada. Es buena en la medida en que no relegue a otros de su entorno (exclusivismo), ni sea absorbente, ni implique o exija muestras *especiales* de afecto. Cuanto en los antiguos clásicos de espiritualidad se decía sobre las “amistades particulares” debe ser entendido en el sentido de la amistad desordenada. La verdadera amistad es, pues, aquella que se basa en la virtud: ama en el amigo la virtud o quiere para el amigo la virtud. No es verdadera amistad, en cambio, como ya notó Aristóteles, la que sea apoya en el mero deleite, en la diversión o en el consuelo que se encuentra en el amigo; y menos la que estriba en los provechos, utilidades y favores que un cierto trato ofrecen; esto no es amistad sino “palenque ande ir a rascarse”.

2. Inmadurez y defectos en la esfera afectivo-sexual

Algunos problemas de inmadurez que suelen presentarse en este nivel, pueden hundir sus raíces en una deficiente educación familiar o escolar, otros en la sobreprotección de alguno de los progenitores (que se traduce, más tarde, en infantilismo y dependencia afectiva); otros en abusos afectivos y/o sexuales padecidos en la infancia o adolescencia; en fin, otros pueden responder a causas muy variadas. Señalemos entre los principales defectos los que mencionamos a continuación.

(a) La ignorancia sobre las verdades fundamentales de la sexualidad y de la psicología sexual. Sin exagerar la necesidad de una *educación sexual*, convengamos que la ignorancia de los principios fundamentales en este campo puede ser fuente de falsas preocupaciones o, inclusive, de graves equívocos. Especialmente delicado es en el caso de la mujer, ya que sus cambios físico-biológicos y psíquicos son más notables e importantes. Ordinariamente este conocimiento se debe adquirir en la familia y de modo prudente, paulatino y sin quemar etapas. Recomendando a este respecto el equilibrado documento del Pontificio Consejo para la Familia *Sexualidad humana: Verdad y Significado*¹⁹. Pero llegado el caso de que se ingrese en la vida religiosa sin estos conocimientos, toca a los superiores proveer con delicadeza a la formación moral en este aspecto, sin el cual tampoco será posible entender la vida célibe (no debe sorprendernos encontrar en algunos candidatos a la vida consagrada o al sacerdocio errores sobre la virginidad, la castidad, el pecado sexual...).

A causa de este desconocimiento algunas personas acarrean durante años escrúpulos y sentimientos de culpa distorsionados, especialmente cuando no saben distinguir entre tentación y consentimiento libre, y, sobre todo, cuando se han sufrido abusos en la infancia y se carga con un pesado sentimiento de culpa creyendo que por ser un acto sexual, aunque haya sido impuesto contra su voluntad, no quedan eximidas de culpa y responsabilidad. En menor escala pueden encontrarse casos en que se cree que quien no ha guardado la virginidad no pueden hacer voto de castidad.

(b) Confusiones sobre la propia identidad sexual. Mencionemos al respecto las inclinaciones hacia personas del propio sexo, el rechazo por la propia condición de mujer o de varón, etc. También sobre esto hay, hoy en día, notables embrollos que son fruto de una apabullante y perniciosa campaña pro-homosexual llevada a cabo no por personas que sufren el llamado AMS (“atracción por perso-

¹⁹ Cf. Pontificio Consejo para la Familia, *Sexualidad humana: verdad y significado*, Città del Vaticano (1997). Este documento sale al paso de los erróneos intentos de educación sexual que van imponiéndose en nuestro tiempo y da valiosas indicaciones del modo en que debe darle la instrucción y educación de los hijos en cada una de las etapas de su desarrollo psíquico y afectivo.

nas de su mismo sexo”), sino por el denominado “lobby gay”, que es una ideología con intereses enormes económicos y políticos.

(c) Incapacidad para la amistad. Hay personas que, a pesar de ser quizá abnegadas, son incapaces de establecer relaciones de amistad con otros. Esto puede atribuirse en algunos casos a falta de confianza en los demás, o a la imposibilidad de comunicación, a bloqueos, al miedo a dar y recibir afecto, a un falso concepto del ascetismo, al temor al rechazo, etc.

(d) Confusiones sobre los auténticos parámetros de la amistad.

Esto ocurre cuando se presenta lo que hemos mencionado más arriba como “amistad particular”, que es una vivencia de la amistad de sesgo exclusivista, exageradamente afectiva, casi al modo de un “noviazgo” que incluye escenas de celos, reproches, etc. En una persona consagrada representa una clara falta de idoneidad para vivir –al menos en el momento presente– la castidad consagrada. De Guibert describe los perfiles de la mala amistad: “El más característico parece ser el *exclusivismo* en los afectos y relaciones. Así, no poderse tolerar una señal de cariño dada a otro por el amigo; o cuando se conversa con él, aun de cosas indiferentes y sin secreto, sentir desagrado con la llegada de un tercero a quien se le mira como a un intruso; los celillos hacen sospechosa la amistad que les da ser. Ocurre también el estar pensando sin cesar en el amigo, aun durante la oración, el estudio, el trabajo absorbente; se experimenta la necesidad de verle a cada momento, de hablarle; y gran inquietud si no estaba donde se le esperaba. Se tienen charlas inacabables y fuera de propósito cuando están juntos; hay intercambio exagerado de regalos y otros ligeros testimonios de afecto. Falta mutua franqueza con tendencia a excusarlo todo en el amigo. Existe la tendencia a secretar aun las confidencias más insustanciales, y a la fuerza, si hay algo tal vez en estas relaciones que instintivamente requiera la necesidad de ocultarlo”²⁰.

²⁰ De Guibert, Lecciones de Teología espiritual, Madrid (1953), vol. I, lect. 32, 411.

3. Corrección de desórdenes en la esfera afectivo-sexual

Más serios que los rasgos de inmadurez, son los desórdenes afectivo-sexuales. Por tales entiendo no ya una demora en el proceso de maduración, sino una corrupción de la tendencia. Estos tienen en común la carencia de *dominio de sí* por parte de la persona, y, en consecuencia, la *esclavitud* respecto de algún desorden lujurioso.

Puede tratarse de desórdenes en la misma línea de la tendencia natural heterosexual: fornicación, concubinato. O bien contra la tendencia heterosexual: homosexualidad. O bien del uso solitario de la sexualidad: masturbación, pornografía. O, incluso, desórdenes que implican una tara psíquica: masoquismo, sadismo, pedofilia, efebofilia, y otras parafilias.

A su vez estos comportamientos, por la fuerza del instinto sexual, pueden degenerar en verdaderas y propias *adicciones*.

En estos casos, el trabajo para restablecer la armonía y tratar de lograr la madurez afectiva y sexual, exige un serio trabajo de adquisición de las virtudes que giran en torno a la templanza (castidad, continencia, sobriedad). En los casos más graves (especialmente en las adicciones y parafilias) el trabajo es el mismo que se emplea para otras adicciones pero es imprescindible ayuda profesional adecuada²¹.

Una de las consecuencias más notables de todos estos desórdenes es la contaminación que producen en dos facultades internas: la *imaginación* y la *memoria*. La *imaginación*, en todos los desórdenes de la lujuria, ha sido sometida a una ejercitación desenfrenada que produce en ella hábitos profundamente arraigados. El desarreglo llega a niveles patológicos cuando se ha recurrido a la pornografía, especialmente a través de Internet. Como consecuencia, también la *memoria* queda afectada.

Esto impone el difícil trabajo de *purificar la imaginación y la memoria*.

Un paso importante consiste en adquirir el hábito de hacernos dueños, en la medida en que sea posible, de nuestra imaginación. Para esto sugiero la lectura y *práctica metódica* de los dos libros del P. Narciso Irala: “Control cerebral y emocional” y “Eficiencia sin fa-

²¹ Cf. Fuentes, Miguel, *La trampa rota*, San Rafael (2008).

tiga". Se deben leer y practicar en ese orden, pues el segundo es un complemento del primero.

Además, propongo algunas prácticas elementales para ayudar al trabajo de purificar la mente de las imágenes pornográficas, indicadas por un especialista en problemas afectivos. Evidentemente en algunos casos más serios no serán suficientes, pero al menos se debe comenzar por estos:

- Ante todo, la frecuente recepción de los sacramentos de la penitencia y la eucaristía. Sin la gracia sobrenatural, no es posible combatir estos gravísimos desórdenes.
- En segundo lugar, el recurso a la Sagrada Escritura: tomarse un tiempo *cada día* no sólo para *leer* sino para *meditar* y *memorizar algunos pasajes de la Sagrada Escritura*. Esta sencilla ejercitación, ayuda a ocupar la mente y aplicarla a otro tipo de pensamientos.
- Para luchar contra la imaginación desordenada: vigilar los sentidos externos, seleccionar con prudencia las lecturas y lo que se ve por televisión (reducir al mínimo el tiempo de exposición a esta última), poner la atención en los deberes del momento. Es muy probable que, para esto, sea necesario cambiar los comportamientos habituales, dejar de ver televisión, de comprar y leer ciertas revistas y diarios... Sin renuncia, no es posible salir adelante.
- Para purificar la memoria: cesar de dar vueltas a nuestros pecados pasados y las ofensas cometidas contra otros, dejar de pensar en las heridas pasadas, recordar los beneficios recibidos por Dios, considerar la esperanza de nuestra salvación.
- Ser acéticos: forjar la voluntad en el autocontrol y en la autodisciplina, ayunar, mortificarse, trabajar en la adquisición de las virtudes fundamentales.
- Orar pidiendo la pureza, y pedir a otros que recen por esta intención.
- Recurrir a los sacramentales: colgar un crucifijo junto a la cama, encomendarse a San Miguel Arcángel²², rezar el rosario

²² Esto no está nunca de más, porque muchas tentaciones contra la pureza, especialmente cuando son pensamientos impuros obsesivos, pueden responder a asaltos

al acostarse, colocar imágenes sagradas en el lugar donde se vive o trabaja, escuchar conferencias espirituales (grabadas) y música sagrada.

- Evitar toda ocasión de pecado, tanto remota como próxima: poner la computadora y el televisor en un lugar abierto y público, destruir todo material pornográfico de cualquier tipo que sea, instalar filtros para internet, *dar nuestras claves de e-mail* y todas las que se posean a una persona que conozca nuestro problema y darle plena libertad para que revise periódicamente nuestras cuentas y páginas.
- Respetar el descanso festivo y dedicarlo a actividades espirituales (oír Misa, rezar, leer, y cultivar amistades buenas).
- Descansar, hacer deporte con mucha frecuencia.
- Vigilar las amistades.
- Identificar las cosas que disparan las tentaciones y estar más atentos.
- Tener un buen director espiritual.
- Vigilar algunos sentimientos particulares: tristeza, soledad, ansiedad... (estos son los indicios que a menudo preanuncian un descontrol sexual). Hablarlo prontamente con el director espiritual o con algún consejero.

4. Examen sobre nuestra madurez afectiva

Propongo algunas preguntas que pueden guiarnos para juzgar el grado de madurez afectiva que poseemos.

- ¿Reconozco y acepto mi masculinidad o feminidad como un don de Dios?
- ¿O me siento como encarnado *en un cuerpo extraño*?
- ¿Entiendo que Dios me ha dado mi masculinidad o feminidad para que sirva a mi santificación?
- ¿Entiendo la castidad como un *modo de libertad para amar* o como una represión del amor?
- ¿Comprendo el valor positivo de la virginidad y de la pureza?

diabólicos propiamente dichos (obsesiones). Cf. al respecto, Groeschel, B., *The Courage to Be Chaste*, New York (1985), 72-74.

- Si soy un consagrado o un sacerdote: ¿he elegido mi celibato (virginidad) por sí mismo o sólo lo tolero como condición para poder ser sacerdote/consagrado?
- ¿Tengo una curiosidad malsana por la genitalidad propia o ajena?
- ¿Vivo mi afectividad en consonancia y armonía con mi masculinidad o feminidad?
- ¿Siento respeto por el sexo opuesto o rechazo?
- ¿Soy capaz de relacionarme serenamente con personas de otro sexo sin que eso me perturbe con tentaciones o con equívocos *enamoramientos*?
- ¿Tengo una mirada limpia hacia las personas del otro sexo, como debidas a un *hermano* o *hermana*?
- Si soy consagrado, ¿entiendo la castidad como una libre renuncia de algo muy bueno (el matrimonio) por algo *mejor* (por lo menos “para mí”)?
- ¿Entiendo la ley de Dios sobre la sexualidad y la acato con alegría?
- ¿Tengo adquirida la virtud de la templanza, de la castidad y del dominio de mí mismo?
- ¿Soy solo *continente* (puedo dominarme pero no vivo con alegría mi castidad) o también *casto* (además de contenerme, entiendo y amo la castidad)?²³
- ¿Tengo capacidad de *donarme totalmente a mí mismo* en la amistad, en el matrimonio (si soy casado), o en la vocación consagrada?
- ¿Soy capaz de salir de mí mismo y darme sin reservas, con capacidad de sacrificarme, sufrir y amar *sin buscar retribución de parte de los demás*? ¿O, por el contrario, me doy en la medida en que reciba a cambio reconocimiento, cariño, gratitud, amistad, etc.?
- ¿Entiendo el dolor ajeno y me mueve a verdadera misericordia (empatía)?
- ¿Respeto la justa autonomía de los demás o pretendo tenerlos siempre controlados y sometidos a mi autoridad?

²³ Sobre la diferencia esencial entre castidad y continencia, cf. Fuentes, Miguel, *Educación de los afectos*, Edive, San Rafael (2007), 200-203.

- ¿Soy capaz de tener amistades sanas, sin caer en el exclusivismo o apegos peligrosos (“amistades particulares”)?

5. Jesucristo y la madurez afectiva

Jesús experimentó la mayor parte de nuestras afecciones, alegres y tristes, dulces y amargas, pero en especial las dolorosas. A pesar de lo cual, sucediera lo que sucediese, en el fondo de su alma reinaban siempre serenidad y alegría. La paz que se complacía en desear a sus apóstoles (Lc 24,36) la poseyó Él plenamente y de continuo. Aunque a veces los evangelistas anoten que sintió cierta turbación, lo vemos siempre enteramente dueño de sus impresiones, como, por ejemplo, en Getsemaní. Nunca manifiesta dudas. Nunca pierde la calma, ni cuando los endemoniados interrumpen sus discursos (Mc 1,22-26), ni cuando sus adversarios lo insultan groseramente (Mt 9,3) ni cuando intentan poner sobre Él sus manos (Lc 4,28). Su vida pública estuvo llena de trances difíciles, inquietantes, peligrosos; pero Él nunca perdió la tranquilidad. No lo afectaron las aclamaciones populares (como al entrar triunfante en Jerusalén) ni las condenas del populacho (como cuando la turba pidió su muerte).

Tuvo una gran sensibilidad: sintió profundamente el dolor, la alegría, la tristeza. Se admiró grandemente y saltó de júbilo al ver la fe de los pequeños y las revelaciones que su Padre hacía a los humildes (cf. Lc 10,21).

He desarrollado más ampliamente este tema en el opúsculo: “La madurez afectiva y sexual de Jesús de Nazaret”.

6. Para ejercitarse

Lecturas recomendadas:

—Léonard, André, *La moral sexual explicada a los jóvenes*, Palabra, Madrid (2004).

—Pontificio Consejo para la Familia, *Sexualidad humana: verdad y significado* (1997).

—Fuentes, Miguel, *La madurez afectiva y sexual de Jesús de Nazaret*, Virtus/6, San Rafael (2008).

- Ídem, *Educación los afectos*, Ediver, San Rafael (2007).
- Ídem, *La castidad, ¿posible?*, Ediver, San Rafael (2006).
- Melendo-Granados, Tomás, *La belleza de la sexualidad*, Eiusa, Pamplona (2007).
- Irala, Narciso, *Control cerebral y emocional*, LEA, Buenos Aires, 1994 (112ª ed.).
- Ídem, *Eficiencia sin fatiga*, LEA, Buenos Aires, 1994 (10ª ed.).

V. Maduración de la dimensión volitiva

La voluntad es la facultad fundamental del ser humano. Por ella nos movemos y ella mueve todas las potencias, incluida la inteligencia y la misma voluntad. Por eso es por ella que somos buenos o malos, que nos perfeccionamos y maduramos o nos detenemos en el camino de la perfección.

1. En qué consiste la madurez de la voluntad

(a) Madurez y libertad. Madurez volitiva equivale a capacidad de autodeterminación, a libertad en el obrar. Madurez del querer implica: conciencia de lo que se hace, de lo que se elige, de los pasos que se dan en la vida (con juicio claro sobre los propios actos y no movidos por mero instinto), capacidad de decisión y de ejecución de lo decidido.

La libertad madura busca el bien porque es bien, sin poner condiciones (no porque redunde en provecho o porque produzca algún deleite). No hace lo que tiene que hacer *cuando los demás también hacen su parte* sino *incluso* cuando nadie lo hace. El hombre maduramente libre es *capaz de obrar en solitario*, aunque no sea, ni quiera ser, solitario. “Libre es, como enseña Santo Tomás, quien... evita lo malo porque es malo” y no sólo “porque Dios lo manda”; porque solo en este caso pone de manifiesto que el alma está “perfeccionada interiormente por la virtud, de modo tal que se abstiene del mal por amor [al bien]...; y por tanto se dice libre, no porque no se someta a la ley divina, sino porque se inclina por los buenos hábitos a hacer lo que la ley divina manda”²⁴.

²⁴ Santo Tomás, *Comentario a II Corintios*, III, III, n. 112.

La persona inmadura quizá obra el bien y evita el mal, pero lo hace *por obligación, porque está mandado*, o porque los demás obran así y se sigue la corriente y, sobre todo y con demasiada frecuencia, *por temor de los castigos* que puedan seguirse de una mala actuación. Pero si no estuviera mandado, ni buscaría el bien ni evitaría el mal, aunque reconozca lo primero como bien y lo segundo como mal. En cuanto al que obra el bien o se abstiene del mal por miedo a ser castigado, es imperfecto e inmaduro y su adhesión al bien no pasa de ser externa, accidental y... fragilísima, porque, como explicó ya san Gregorio Magno, “cuando practica el bien movida sólo por el temor, la persona todavía no se ha apartado totalmente del mal, ya que continúa pecando por el hecho de que querría pecar si pudiera hacerlo impunemente”²⁵.

El inmaduro también *condiciona*: “haré lo que me toca, *pero que los demás también hagan lo que a ellos les toca*”. El maduro desea que cada uno haga lo que le corresponde, *pero es independiente* de que lo hagan o no; él lo hará aunque los demás no lo hagan, y *no se amargará ni quejará* por ser el único que cumpla su deber (tampoco lo echará en cara a los demás a modo de revancha).

(b) La asimilación de los motivos. La madurez volitiva de una persona se revela, ante todo, en la calidad de los *motivos* por los que se mueve. Hay motivos *importantes*, motivos *insuficientes* y motivos *desatinados*. Los primeros manifiestan un sentido de la vida correcto y maduro; los segundos, una visión superficial de la vida (y por eso son cambiantes y terminan decepcionándonos); los últimos, evidencian un proyecto de vida erróneo.

La persona con voluntad madura se mueve por motivos serios, sopesados y acordes a la propia condición y estado. Empezando, como objetivo finalísimo, por buscar la gloria de Dios y la salvación del alma: “El hombre es creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor y mediante esto, salvar su ánima” (San Ignacio). San Felipe Neri decía: “el que no se aplica a salvar el alma está loco”; es decir, tiene un grado enorme de inmadurez. Estas verdades

²⁵ Gregorio Magno, *Moralia in Job*, 1,36.

—obvias en otros tiempos— *no se pueden dar hoy por supuestas*, ya que, lamentablemente, son pocos los que tienen presente el fin último de su vida, ignorando, la mayoría, por qué y para qué están en este mundo. Y esta es la causa de muchos problemas de personalidad y, por supuesto, de inmadurez. Como explica Santo Tomás, la prudencia (que es virtud de la madurez) les falla en lo esencial²⁶.

Además, la persona madura asimila los motivos, haciéndolos realmente suyos. Es lo que suele decirse “tener *una causa* (= un ideal)”. Esto significa que entiende los motivos para obrar, los acepta (aunque que le cuesten), e incluso los encarna.

(c) La responsabilidad. La madurez se mide también por la *responsabilidad* con que una persona realiza sus actos y los deberes que le han sido encargados y que ha aceptado. Responsable es la persona que *responde* ante Dios, ante su conciencia y ante los demás, por las cosas que hace, y también quien *pesa lo que hace* (“responder” parece venir de “res-ponderare”, pesar la cosa). El maduro también se hace cargo de las decisiones equivocadas que ha tomado, da la cara, y trata de reparar sus errores y las consecuencias que estos puedan haber causado. La madurez implica también puntualidad (no solo en sentido temporal de llegar al horario convenido, sino también en cuanto realización cabal de lo que hay que hacer, en los plazos prefijados y pactados), asimismo realismo en las cosas que asume, y no temer comprometerse.

(d) La fidelidad. La madurez implica *fidelidad* a los compromisos contraídos, es decir, la perseverancia y constancia en las cosas prometidas. Entiendo por “fidelidad” la permanencia en el tiempo de los compromisos tomados (por ejemplo, la fidelidad a las promesas matrimoniales, a los votos religiosos...). No hay que olvidar la senten-

²⁶ “Los pecadores pueden tener capacidad de aconsejar bien respecto de algún fin malo, o de algún bien particular; pero no son buenos consejeros respecto al bien total de la vida, porque no lo llevan a efecto. De ahí que no se da en ellos la prudencia, que trata solamente del bien. En esas personas, como afirma el Filósofo en VI Ethic., se da una habilidad natural que puede emplearse en el bien y en el mal; o la astucia, que se emplea solamente en el mal, y a la que en otro lugar hemos llamado falsa prudencia o prudencia de la carne” (II-II, 47, 13 ad 4).

cia de Quitiliano quien decía: “facilius est multa facere quam diu”, es decir, es más fácil hacer muchas cosas que perseverar largo tiempo en una sola.

(e) Energía. La madurez de la voluntad se manifiesta también en la *energía* con la que se toman las decisiones y se llevan a la ejecución. Es lo contrario de la veleidad que siempre sobrevuela el plano de las cosas posibles que rara vez se concretan.

(f) Virtud que perfecciona la voluntad. La voluntad es perfeccionada por la virtud de la justicia, por eso una persona madura tiene una justicia arraigada. Justicia vivida en toda su amplitud:

- Como responsabilidad con el bien común, que ve y ama por encima del propio bien particular. Puede tratarse del bien común de la sociedad, del bien de la familia (en el caso del casado), o del bien de la propia comunidad (si es religioso). Implica el valor de renunciar a sus propios intereses por el bien común y por respeto a la ley. Comporta también obedecer pronta y dócilmente al que manda y no dificultarle el ejercicio de la autoridad. En esto la madurez volitiva se traduce en la virtud de la *piEDAD* (hábito que nos inclina a tributar a los padres, a la patria y a todos los que se relacionan con ellos el honor y servicio debidos).
- Como justicia distributiva cuando toca mandar: sin acepción de personas, con verdadero interés por el bien de cada uno, sin ojerizas, ni favoritismos, ni parcialidades.
- Como justicia conmutativa, en el respeto escrupuloso de los derechos de cada prójimo.
- Como hombre verdaderamente religioso, porque la religión es la justicia hacia Dios.
- Como gratitud hacia los benefactores.
- Como veracidad, o fidelidad hacia la verdad de las cosas.
- Como cumplimiento de la palabra empeñada (y empeñar la palabra con prudencia, es decir cuando se sabe que será posible cumplirla del modo en que se está prometiendo).

(g) Amor de oblación. La madurez de la voluntad cristaliza de modo supremo en el amor de oblación, que implica la capacidad de renunciar a sí mismo y a los propios intereses en bien de la persona o causa amada. Ya hemos hablado de este amor al referirnos a la madurez afectiva. Recordemos que este amor se opone al amor de concupiscencia, que ama principalmente por el placer que causa el objeto o persona amada. Sólo el amor de oblación es capaz de llevar adelante un noviazgo puro, un matrimonio plenamente fiel, una vida religiosa sin traiciones a Jesucristo ni hurtos del corazón a la Voluntad divina.

2. Signos de inmadurez volitiva

(a) Las principales enfermedades de la voluntad son la abulia (languidez en el querer), los caprichos, la inconstancia, la pereza, la acidia (pereza para las cosas espirituales), el desorden, el primado de las emociones y pasiones por encima de la voluntad, la incontinencia, el temor infundado, las dudas obsesivas respecto de la propia vocación, los escrúpulos, etc.

(b) Un punto determinante que manifiesta inmadurez volitiva es la irresponsabilidad en los deberes propios y en los compromisos asumidos, así como la infidelidad a la palabra dada. Esto es, el no tener plena conciencia de las implicancias de las obras que se realizan, o sea, no darse cuenta de la seriedad de esos actos (por ejemplo, el no percibir la importancia de los pasos que se dan en la vida religiosa al asumir compromisos cada vez más importantes, como al hacer votos cada vez por más tiempo, al recibir órdenes “menores” en el camino del presbiterado, el dar la palabra de futuro matrimonio a una persona).

(c) Es también signo de inmadurez volitiva el moverse por respeto humano (vergüenza de confesar la propia fe, o de oponerse a lo que hace la mayoría, cuando se trata de algo injusto), u obrar por decisión de otras personas cuando se sabe que Dios quiere otra cosa (por ejemplo, por el querer de los padres, por las ideas del ambiente en que vive, por los eslóganes de moda...).

(d) El no tener motivaciones serias y profundas, manejándose por motivos accidentales, secundarios (querer ser religioso para rehuir las cargas matrimoniales, o por tener la posibilidad de estudiar, o casarse para salir de la casa paterna demasiado conflictiva, para asegurarse el mantenimiento o el futuro...).

(e) La falta de dominio sobre la vida instintiva, especialmente sobre el instinto sexual (problemas irresueltos de masturbación, por ejemplo), sobre el instinto de dominio y de venganza (ira, resentimiento, violencia...) o sobre otros tipos de impulsos.

(f) La inestabilidad afectiva, particularmente, los cambios repentinos, o bruscos, o demasiado frecuentes, de ánimo y humor (pasando quizá de la tristeza a la alegría, del abatimiento a la euforia, de la apatía al entusiasmo...).

(g) La dependencia respecto del ambiente: el dejarse llevar por las ideas reinantes, el no tener autonomía ante la propaganda, ante las ideas mundanas, el dejarse arrastrar por las falsas “necesidades” creadas por la publicidad...

3. Jesucristo y la voluntad

La perfección de la voluntad de Cristo (modelo para la nuestra) se manifiesta ante todo en la *seguridad de su misión y vocación*. “Todo hombre espiritualmente sano lleva en sí una elemental necesidad de estar aquí para algo o para alguien”, dice Bichlmair. En este mundo de confusiones, de extravíos, de vacíos espirituales, de vidas sin sentido, Jesucristo sabe que su vida tiene un sentido, una dirección, una misión; en definitiva, tiene conciencia de una “vocación”, un llamado. Esa misión está siempre delante de sus ojos, y de ella saca fuerza para arrostrar las adversidades, el cansancio, el agotamiento, las persecuciones.

Jesús es un hombre seguro de su vocación; no titubea; sabe que está en el camino correcto. Sabe para qué ha venido y lo cumple; desde los primeros años de vida: “¿No sabíais que yo debo ocuparme de las cosas de mi Padre?” (Lc 2,49); “Era necesario que se cumpliera”.

se todo lo que está escrito de mí en la Ley de Moisés, en los profetas y en los Salmos” (Lc 24,44). Así podrá decir al final: “¡Todo está cumplido!” (Jn 19,30).

Jesús es consciente de que su misión es un llamado del Padre y por ello es absolutamente fiel a Él. Se ve en el modo de posponer todo a la Voluntad de su Padre. Él es quien le encarga “su” misión y por eso la llevará a cabo hasta los últimos detalles: “No pretendo hacer mi voluntad, sino la de Aquel que me envió” (Jn 5,30). Es fiel a su misión venciendo obstáculos, cansancios, desganos; caminante incansable, predicador incansable, benefactor incansable... Fue enviado a crear un Reino espiritual y lo hizo, a costa de su sangre.

La entereza de su voluntad también se trasluce en su lucha. Jesús luchó *contra su tiempo*, que fue una época cargada de tensiones y problemas; saturada de desconfianzas. Pilatos lo desprecia, Herodes quiere matarlo (cf. Lc 13,31). No se echó atrás. Le tocó un tiempo ávido de milagros y prodigios, porque sus contemporáneos estaban desilusionados de sus gobernantes y sacerdotes; por eso lo aclamaron al verlo dominar la naturaleza (resucitar muertos, caminar sobre las aguas, calmar tempestades), lo buscaron para que les brindara curaciones, quisieron hacerlo rey cuando multiplicó el pan. Pero Él no se rindió a ninguna popularidad, ni se dejó embriagar por las ovaciones. Tampoco se amedrentó por la venganza de los que se alejaron de Él desilusionados cuando empezó a predicar un Reino Espiritual y una conquista crucificada. Estuvo por encima de todas estas cosas.

Jesús luchó *contra los envidiosos*. Fue como pocos hombres sobre la tierra objeto de celos y odios. En el Sermón de la Cena, él se aplica las palabras del Salmo 69: “Me aborrecieron sin motivo” (cf. Jn 15,25). Lo persiguieron los fariseos, los saduceos, algunos escribas, el pueblo pidió su muerte, se lo canjearon Pilatos y Herodes, fue sentenciado a muerte por el Sanedrín y por el poder romano. Chocó contra la dureza de los corazones incrédulos de los que dijo: “Son ciegos que guían a otros ciegos” (Mt 15,14). A pesar de las amenazas, pudo decir en sus últimos interrogatorios: “Yo he predicado públicamente, delante de todo el mundo; siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo, adonde concurren todos los judíos, y nada he hablado en secreto” (Jn 19,18).

4. Examen de nuestra madurez volitiva²⁷

- ¿Hago el bien por propia iniciativa?
- Al cumplir mis deberes ¿exijo con reproche o amargura que los demás hagan su parte? ¿Cómo actúo cuando los otros no hacen lo que les corresponde, dejándome solo con las responsabilidades? En tales casos, ¿me retraigo de lo que yo tengo que hacer? ¿O lo hago pero echando en cara a los demás no hacer lo suyo?
- ¿Soy responsable de mis deberes ante mi propia conciencia, mis superiores, la sociedad y Dios?
- ¿Soy fiel a mis compromisos en las cosas insignificantes del mismo modo que en las importantes?
- ¿Me muevo por motivos serios y sobrenaturales en mis elecciones y decisiones? ¿O más bien me mueven motivaciones puramente humanas y/o superficiales?
- ¿O soy una persona “*chanta*”, veleidosa, incumplidora, débil, ineficaz, irresponsable?
- ¿Soy capaz de terminar las obras que comienzo?
- ¿Soy estable o inestable emocionalmente?
- ¿Tengo dominio de mis instintos y pasiones, en particular de la ira o cólera, de la tristeza y del deseo de placer (gula y sexualidad)?
- ¿Me dejo llevar o bloquear por respetos humanos, por el qué dirán ?
- ¿Soy independiente de las ideas reinantes en el ambiente en que vivo, o, por el contrario, me amalgamo con ellas (*espíritu mundano*)?
- ¿Tengo una tendencia a la sensualidad, a la comodidad, a la molicie, o he trabajado mi carácter para que sea resistente, austero, mortificado?

²⁷ Otro examen más completo puede verse en: Fuentes, Miguel, *¡Quiero! La educación de la voluntad*, Virtus/16, San Rafael (2012).

5. Ejercicios para la educación de la voluntad

He desarrollado este punto en mis libros: *¡Quiero! La educación de la voluntad*; y *La trampa rota*, Apéndice I: “Voluntad y educación”, y Apéndice II: “El examen particular diario”²⁸.

Lecturas recomendadas:

—Fuentes, Miguel, *¡Quiero! La educación de la voluntad*, Virtus/16, San Rafael (2012).

—Idem, *El examen particular de conciencia*, Virtus/1, San Rafael (2011); la 3ª edición incluye dos estudios más: sobre el “Defecto dominante”, y “Los temperamentos”).

—Rojas, Enrique, *La conquista de la voluntad*, Buenos Aires (2006).

—Tóth, Tihámer, *El joven de carácter*, Buenos Aires (1940).

—Irala, Narciso, *Control cerebral y emocional*, Lea, Buenos Aires (1982); especialmente los capítulos V y X.

²⁸ Miguel Fuentes, *La trampa rota*, San Rafael (2008), 309-336.

VI. Maduración del sentido moral

Por madurez moral entendemos el nivel de compenetración entre nuestra conciencia y los principios morales (de la ley natural y de la moral evangélica) y la encarnación de estos últimos en nuestro modo de vida. Lo que aquí diremos se completa con el próximo capítulo sobre la madurez religiosa.

1. La madurez moral

La madurez moral de una persona se pone de manifiesto en los siguientes factores.

(a) El conocimiento de la ley moral. La madurez o inmadurez se debe juzgar, ante todo, por el nivel de conocimiento de la ley, tanto de la ley natural, como de la ley divina positiva (la Revelación cristiana) y la ley eclesiástica. Empezando por los diez mandamientos y *todas* sus implicaciones. Muchos problemas de inmadurez, en efecto, se enraízan en la ignorancia de los principios morales que rigen el campo de la sexualidad y de la justicia y, mucho más a menudo, en un conocimiento miope (como sucede a quien sabe lo que manda o prohíbe la ley pero no comprende los motivos, y por esta razón la ley le parece absurda o arbitraria). Personas que provienen de ambientes muy bajos y corruptos y que han vivido en familias disgregadas o con prácticas inmorales inveteradas pueden padecer serias lagunas de conocimiento acerca de principios elementales de la ley moral como, por ejemplo, la gravedad de la pornografía, de la prostitución, de la masturbación, de las miradas impuras y de los malos

pensamientos... Asimismo es posible que ignoren la necesidad de respetar la propiedad ajena, la dignidad del prójimo... La teología moral nos enseña que si bien es imposible la ignorancia en ningún hombre dotado de *sindéresis* o simple uso de razón del primer y universal precepto de la ley natural («Hay que hacer el bien y evitar el mal»), cabe, en cambio, una ignorancia parcial e incompleta, al menos durante algún tiempo de la vida, de los principios secundarios o conclusiones próximas de la ley natural, que constituyen gran parte de los preceptos del decálogo (por ejemplo, la inmoralidad de la fornicación o del robo), y, con mucha más razón, es posible la ignorancia invencible y por largo tiempo, sobre todo entre gente inculta e incivil, de las conclusiones remotas que se deducen de tales principios a través de un raciocinio lento y difícil (por ejemplo, sobre la indisolubilidad del matrimonio).

En nuestro tiempo asistimos a un fenómeno masivo que es mucho más grave que la ignorancia (= ausencia de conocimiento) y es el reemplazo de los principios de la ley natural (ni qué decir de la moral evangélica) por principios corrompidos y corruptores, especialmente en lo tocante al campo de la sexualidad. Los contenidos de los planes educativos introducidos en las escuelas bajo el título de “educación sexual” inculcan la “normalidad” de la masturbación, fornicación, homosexualidad, fantasías sexuales y pornografía... Aun no estamos en condiciones de valorar suficientemente todos los daños que estos principios pueden causar en la conciencia y hábitos de los niños, adolescentes, jóvenes y adultos que los reciben. Esto nos exige no dar por supuesta ninguna verdad en el campo educativo, ni siquiera en ambientes de formación religiosa (noviciados, estudiantados, seminarios, centros de formación de catequistas...). De hecho, podemos encontrarnos con casos de increíble ignorancia y confusión moral.

(b) La conciencia. La conciencia madura corresponde a lo que se denomina “conciencia recta, cierta y delicada”. “Recta” significa que juzga bueno lo que es bueno y malo lo que es malo conforme a la verdad moral, incluso cuando se trata de acciones leves (que juzga, consecuentemente como faltas leves, pero como faltas, al fin y al cabo). Lo contrario es la conciencia errónea que juzga, equivocada-

mente, lícitas algunas acciones que son malas o viceversa. “Cierta” indica que tiene certeza de la moralidad de sus acciones, en contra de la conciencia dudosa y de la conciencia perpleja. “Delicada” implica que no se limita a captar la moralidad de las cosas más “gruesas” sino también de las pequeñas.

Se oponen a este modo de juzgar las distorsiones de la conciencia, a saber: la conciencia escrupulosa que ve pecado donde no lo hay, o juzga grave lo que es leve; la conciencia laxa, que considera leve lo que es grave o lícito lo que es ilícito, y la farisaica que agrava las acciones del prójimo al tiempo que disminuye la gravedad de las propias.

(c) La coherencia de vida. En tercer lugar, la madurez moral se trasluce en la coherencia de la vida con los principios morales que se profesan. Hay personas que provienen de ambientes donde la formación intelectual y espiritual es buena, pero viven una vida incoherente con lo que dicen saber. En este sentido tienen una *doble vida*. Esto puede ser un signo de inmadurez, o también de corrupción. Tendríamos que decir que la relación coherente entre lo que se piensa y lo que se encarna en la vida cotidiana es un signo vital del equilibrio humano y del proceso de maduración (y santificación).

(d) Madurez y virtudes. La madurez moral implica, asimismo, la presencia, al menos en un grado elemental, de las virtudes morales cardinales. La falta de prudencia, o de justicia, o de fortaleza, o de templanza, son problemas de inmadurez, son causa de inmadurez y son consecuencia de la inmadurez. Por el contrario, el deseo verdadero y eficaz de progresar en las virtudes es un signo altamente positivo de madurez o de camino hacia ella.

(e) El deseo de formarse. Finalmente, un buen indicio de madurez es el deseo de formarse en el conocimiento moral y el poner los medios para lograrlo en la medida de lo posible.

2. Inmadurez moral

Ante todo señalemos como inmadurez la ignorancia *culpable* (es decir, debida a negligencia, a desinterés, o a pereza) para adquirir el conocimiento moral necesario para regular con buena conciencia las propias obligaciones. Y más todavía la ignorancia *querida* (es decir, el *no querer saber* cuáles son las obligaciones que nos atañen, para poder obrar con más “tranquilidad” de conciencia).

Algunos casos particulares y frecuentes de inmadurez moral se dan en las personas que tienen una concepción moral hedonista (piensan que el placer es el objetivo más importante en la vida), o utilitarista (los que se sirven de los demás, usándolos; son los aprovechadores, los que siempre están viendo cómo sacar ventaja, acmodo, etc.).

Otro problema de inmadurez lo encontramos en la confección de una moral a la propia medida, contentándose con el cumplimiento de algunos mandamientos y rechazando los que se consideran excesivos o no acordes con los propios principios. Los que se consideran “cristianos a su manera”, decidiendo qué prácticas morales aceptan y cuáles rechazan, qué verdades de fe les parecen razonables y cuales absurdas (todo lo cual suele ir, generalmente, por el lado de la moral sexual, del pecado, del juicio divino y de la posibilidad de la condenación), son cualquier cosa menos católicos, y ciertamente son afectivamente inmaduros desde el momento en que piensan que Dios puede subordinarse a ellos aceptando una religión inventada por el hombre e impuesta por éste a Dios.

3. La fisonomía moral de Jesús

En Jesús brillan todas las virtudes: la paciencia, la caridad, la obediencia, la humildad, la fortaleza, la templanza, la justicia. De su espíritu de abnegación y sacrificio dice San Pablo: “Cristo no buscó contentarse a Sí mismo” (Rm 15,3). En Él contemplamos el más hermoso ejemplo de castidad, de pobreza (nació en una familia de pobres, vivió como pobre y murió como pobre), de obediencia. “No cometió pecado, ni en su boca se encontró engaño” (1Pe 2,22; Hb 4,15). Proclamaron su inocencia Pilato lavándose las manos para no

ser culpable de derramar su sangre (Mt 27,24), y hasta Judas que lo entregó, denunciando luego su propio crimen (Mt 27,4). Por eso, el mismo Cristo puede atreverse a decir a sus enemigos: “¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?” (Jn 8,46); por cuanto sepamos, ninguno se atrevió a hablar. Por el contrario, muchas veces debieron reconocer sus virtudes, como cuando los fariseos envían sus secueces a preguntarle sobre el tributo del César y comienzan confesando la “autoridad moral” de su enseñanza: “Maestro, sabemos que eres veraz y que enseñas el camino de Dios en verdad sin hacer acepción de personas” (Mt 22,16).

Sabía amar en serio. Tuvo muchas y profundas amistades (sus apóstoles, María, Marta y Lázaro; sus amigos incógnitos, como José de Arimatea y Nicodemo, etc.). Juan era llamado “el discípulo que Jesús amaba” (Jn 13,23). Sabía enamorarse rápidamente de un alma limpia: “Jesús lo miró y lo amó” (Mc 10,21). Amó a los niños (Mc 9,35-36). Amó a los suyos hasta el extremo de dar la vida por ellos (Jn 13,1ss), cumpliendo lo que Él mismo había dicho: “Nadie tiene mayor amor que quien da su vida por sus amigos” (Jn 15,13).

4. Examen

- ¿Conozco bien la ley de Dios y la ley natural?
- ¿Tengo interés en formarme mejor al respecto?
- En particular, ¿tengo interés en conocer a fondo lo que Jesús ha enseñado en el Sermón de la montaña como guía moral de la vida de todo cristiano?
- ¿Cómo es mi conciencia? ¿Escrupulosa? ¿Recta? ¿Delicada? ¿Laxa? ¿Cauterizada? ¿Farisaica?
- Mi vida moral, ¿es coherente con mis principios morales? ¿O vivo de una manera diferente a como pienso y predico?
- ¿Soy sensual (persigo lo que me da placer y huyo lo que me molesta o da dolor) o utilitarista (busco lo que me es útil y huyo lo que no sirve para mis fines terrenos)?

5. Ejercicios para madurar el sentido moral

Lo más efectivo pasa por la meditación asidua de los Evangelios y de los demás escritos del Nuevo Testamento. También por la lectura de los clásicos de la vida cristiana (san Francisco de Sales, san Alfonso de Liguori, san Juan de Ávila, san Juan de la Cruz...).

Lecturas recomendadas:

—Fuentes, Miguel, *La madurez según Jesucristo. El hombre a la luz del Sermón de la montaña*, Virtus/13, San Rafael (2010).

—García de Haro, R., *La conciencia moral*, Rialp, Madrid (1978).

—Royo Marín, A., *Teología Moral para Seglares*, B.A.C., Madrid (1979), T. I, 129-160.

—Catecismo de la Iglesia católica, partes III y IV.

VII. Maduración de la dimensión religiosa

Señalamos, por último, la madurez de la dimensión religiosa y espiritual, que es la cúspide de la madurez de una persona, pues todo hombre es, si así puede decirse, un “animal religioso” y “orante”.

1. La madurez religiosa

Aún sin llegar a una santidad descollante, todo hombre que aspire a la madurez debe procurar desarrollar algunos elementos fundamentales. Son los siguientes:

(a) Ante todo, una concepción adecuada de la espiritualidad, que no esté reducida a un vago sentimentalismo ni tampoco a un intelectualismo desencarnado.

(b) Implica también un concepto adecuado de Dios, en particular de su Paternidad. Son, lamentablemente, muy numerosas las personas que tienen una idea insuficiente de la paternidad divina y de su providencia. Esto ocasiona numerosos trastornos, además de ralentizar o impedir la unión con Dios. La infancia y espiritual, es decir, el sentido de ser hijos de Dios y de estar en las manos del Padre celestial como auténticos hijos, es un rasgo esencial de la vida cristiana. Pero además se enraíza en un verdadero instinto natural del hombre, por su relación de creatura, es decir de *dependiente* de Quien le da el ser y la vida, a Quien también busca como fin.

(c) Exige también un concepto sereno del mal y del sufrimiento para poder unirse adecuadamente al misterio redentor de Cristo y encontrar el propio lugar en la cruz. Sin dolor no hay salvación. La madurez exige lo que Viktor Frankl llamo “el atreverse a padecer” (*audi patí*), es decir, el encontrarle un sentido a los dolores (enfermedad, desgracias, muerte), sin dejarse apabullar ni descorazonar.

(d) También requiere una idea clara de la vida eterna y un deseo positivo de la misma. La madurez es incompatible con el temor exagerado de la muerte, que nace de una fe tibia, de la falta de esperanza o de una visión inmanentista del mundo y de la vida.

(e) La virtud que perfecciona la madurez en el plano religioso es, principalmente, la *religión*, como virtud relacionada con la justicia. Esta virtud nos inclina a dar a Dios el culto debido, a la devoción, cultivo de la oración, sostenimiento económico del culto católico, compromiso apostólico...

(f) Asimismo presupone la posesión y actuación de las virtudes teológicas (fe, esperanza y caridad). Estas virtudes nos hacen vivir de cara a Dios sin depender del mundo y de sus vaivenes. De aquí brota el celo apostólico y el ardor misionero. La fe se traduce en “espíritu de fe”, es decir, en dejarse guiar por los criterios que nacen de la fe y del evangelio y no por las máximas del mundo. A menudo, de modo casi inconsciente, nos guiamos por *ideas subterráneas* que se oponen a criterios elementales de fe²⁹.

(g) En el plano moral, la madurez religiosa se traduce por la asimilación de la espiritualidad y moral evangélicas, tal como están expuestas en el Sermón de la Montaña, cumbre de la espiritualidad de Nuestro Señor. Especialmente en el resumen de toda madurez que son las bienaventuranzas. Ya nos hemos referido a esto en el capítulo anterior.

²⁹ Cf. Fuentes, Miguel, *Las ideas subterráneas*, Virtus/5, San Rafael (2008).

(h) La madurez religiosa exige, en quienes tengan capacidad intelectual, forjarse una cultura religiosa. Las obras de los grandes autores espirituales y de algunos santos en particular, es un deber que toda persona con ciertas dotes intelectuales debe imponerse. En particular debería intentar conocer la doctrina de autores como San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, San Juan de Ávila, San Francisco de Sales, etc. Hay santos, como los primeros mencionados, que exigen un cierto nivel cultural para ser entendidos; pero otros, como el último, o como Santa Teresa del Niño Jesús, que son más accesibles. También las buenas vidas de los santos templan el espíritu y nos iluminan en nuestro camino de maduración hacia Dios. La despreocupación por la propia formación, o la lectura exclusiva de obras totalmente secundarias y divulgativas, incluso en materia religiosa, achatan el espíritu y estancan la personalidad en una especie de infantilismo religioso.

2. Inmadurez en el plano religioso

Los problemas de inmadurez en el plano religioso se presentan por diversos capítulos.

(a) Ante todo por una imagen distorsionada de Dios. Puede tratarse incluso de la carencia de la idea de Dios (como pasa en el ateo y en el indiferente). O también como desconfianza de la Providencia divina. O cuando se tienen imágenes divinas distorsionadas: un Dios puramente justiciero, ajeno los problemas humanos. A menudo las malas experiencias con los padres terrenos llevan a proyectar este concepto de paternidad insuficiente sobre el mismo Dios (aunque no hay que forzar esta explicación hasta falsos extremos, pues podemos encontrar problemas de este tipo –aunque más raramente– entre personas con familias bien constituidas y padres atentos y cariñosos; en estos últimos casos, el problema no radica en los padres sino en el mismo hijo³⁰).

³⁰ Algunos niños desarrollan un egocentrismo que, si no es suficientemente detectado y corregido con prudencia, delicadeza y firmeza, crece dirigiendo sus principales preocupaciones hacia sí mismo, cultivando la sensación de que su ego es lo más importante del mundo; siempre se refiere a sí mismo, se compara con los demás y da una enorme

Sea como fuere, pueden presentarse muchos casos de *infancia espiritual no desarrollada*, como la llama Kentenich. Hoy en día con cada vez más frecuencia porque “el ocaso de la familia es el ocaso de la paternidad y de la maternidad”, y la “causa de inhibición de la infancia espiritual reside en la carencia de una paternidad y maternidad auténticas; esto constituye una de las lacras de nuestro tiempo”. Lo que no se desarrolla en este caso es aquello que constituye la infancia espiritual verdadera: un conjunto de atributos entre los que destaca la confianza en quienes nos han dado la vida y nos cuidan, el sentimiento de ser amados, la tranquilidad de poder abandonarnos en sus manos, de descargar en ellos las preocupaciones, y la seguridad de que podemos dar fe a cuanto nos enseñan y nos prometen. Muchas personas no tienen oportunidad de desarrollar estas cualidades porque no han experimentado una suficiente relación con aquellos a quienes toca cultivarlas: los padres y quienes hacen sus veces.

A veces nos encontramos con casos más graves: de *infancia espiritual malograda*, expresión que tomo también de Kentenich, pero dándole un matiz un tanto diverso. Entiendo por esta no ya la falta de desarrollo de los caracteres antes mencionados, sino su frustración y torcedura. Cuando la experiencia que hace el niño de sus mayores (padres, educadores, adultos que los han rodeado en su infancia) es dolorosa (abandono, violencia, abuso, ejemplos viciosos) las cualidades de una infancia espiritual no solo quedan a medio camino o sin cultivo, sino que son reemplazadas por actitudes contrarias y deletéreas: la desconfianza de la autoridad, la rebeldía contra la jerarquía, sentimiento de abandono y soledad, y hasta quizá impresión de desprecio, de persecución y de orfandad. Lamentablemente nos encontramos con muchos casos así.

importancia a lo que le pertenece (sus cosas, los suyos). Como consecuencia de sus comparaciones, fácilmente se siente dolido, menospreciado, falto de aprecio, relegado, como vemos, por ejemplo, cuando nacen hermanos menores o sus padres no pueden prestarle la atención (a veces exagerada) que exige. Y experimenta felicidad cuando se siente valorado, apreciado, querido; así como cuando se siente privilegiado en comparación con los demás. Por esta ansia desmedida de aprecio, puede llegar a sentirse fácilmente frustrado ante cualquier carencia de afecto, no solo real sino también las imaginarias (o sea, aquellas que brotan no de lo que necesita sino de lo que cree necesitar...).

Cuando enfrentamos problemas de este tipo, hay que trabajar deliberadamente la paternidad divina y la infancia espiritual. En la bibliografía sugiero algunas lecturas que pueden ayudar.

(b) Es también problema de inmadurez la mala oración. Ante todo, la falta de oración, pues se trata de una dimensión esencial del hombre y su ausencia perjudica la maduración humana. También la reducción de la oración a fórmulas puramente vocales, la incapacidad de concentrarse, la ineptitud para meditar, etc. También la oración tipo “contrato” *do ut des*: pido y, a cambio de eso, debo recibir; por eso, cuando Dios no me da lo que pido, lo juzgo de injusto o considero que no escucha nuestras oraciones. Por “mala oración” no entendemos, en cambio, la oración simple y sencilla del niño o de la persona sin instrucción. En el fondo, lo que determina una oración como buena o pobre, es la *confianza* con que se reza, la fe, la devoción y la caridad que la anima. El rosario de una viejita que pide confía una gracia a la Virgen puede manifestar una relación con Dios más profunda que la meditación descarnada de un “maestro en las Escrituras”.

(c) Señalo también la reducción de la vida espiritual a un vago sentimentalismo. Esto se manifiesta en la búsqueda constante de consuelos, o en el escándalo ante el sufrimiento, en el rechazo de los dogmas y de las verdades abstractas. En este mismo sentido colocamos la incomprensión de la cruz y de las purificaciones del alma (las “noches del sentido y del espíritu” de san Juan de la Cruz) como camino *necesario* para acceder a Dios.

3. Jesús, varón perfecto ante Dios

Por encima de todas las cosas, Jesús tiene constantemente presente el valor absoluto de Dios, ante el cual todos los demás bienes deben posponerse. Por eso repite una y otra vez la valía y los derechos de Dios. Lo hace de muchos modos y por todos los caminos posibles. A menudo recordando el primer precepto del Antiguo Testamento: “Escucha Israel: el Señor Nuestro Dios es el único Señor” (Mc 12,29).

También, recordando a los hombres la infinita bondad divina, como cuando afirma ante el joven rico: “Uno solo es bueno: Dios” (Mc 10,18). Por el mismo motivo busca que los hombres confíen en la infinita y constante Providencia de Dios (cf. Mt 6,25-34) y que den todo su corazón a Dios: “Amarás al Señor Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu ser” (Mc 12,29). Por eso busca para Dios adoradores en espíritu y en verdad (cf. Jn 4,22).

La virilidad de su relación con Dios se manifiesta de modo singular en sus diálogos íntimos con el Padre Celestial. De éstos no tenemos muchos testimonios, porque Jesús los velaba con su silencio y ocultamiento. Se retiraba noches enteras para hablar a solas con el Padre. Pero a veces deja escapar algunos destellos y es entonces que escuchamos de sus labios palabras de amor entrañable en que llama a Dios “Padre Nuestro, Padre mío” (cf. Mc 14,36; Mt 11,25).

4. Examen sobre nuestro sentido religioso

- ¿Cuál es mi concepto de Dios?
- ¿Soy consciente de su paternidad y cuidado constante?
- ¿Me siento y actúo como hijo de Dios?
- ¿Desconfío de la ayuda divina?
- ¿Cómo es mi espiritualidad: perseguidora de emociones y sentimientos, intelectualista, o equilibrada (es decir, que da lugar a los afectos pero sólida en sus principios de fe)?
- ¿Me guío por criterios de fe?
- ¿Tengo suficiente discernimiento sobrenatural?
- ¿Cómo es mi oración? ¿Oro constantemente?
- ¿Entiendo el sentido de la cruz?
- ¿Me preocupo de formarme en la religión? ¿He leído los libros fundamentales de nuestra doctrina (empezando por la *Biblia* y el *Catecismo de la Iglesia católica*)?

5. Para una ejercitación en este plano

La religión se adquiere, vive e incrementa, practicando todo cuanto la Iglesia nos enseña al respecto: vida litúrgica y sacramental,

oración diaria, cumplimiento de los mandamientos de Dios, dirección espiritual, y formación religiosa intelectual.

Lecturas recomendadas:

—Fuentes, Miguel, *El Padre revelado por Jesucristo*, Virtus/9, San Rafael (2008).

—Idem, *Meditaciones sobre Dios Padre*, Virtus/14, San Rafael (2011).

—Kentenich, José, *En las manos del Padre*, Santiago de Chile (1999).

—Idem, *Niños ante Dios*, Ed. Patris, Córdoba (2008).

—Gnocchi, Carlo, *Pedagogía del dolor inocente*, en: Miguel Fuentes, *El dolor salvífico*, San Rafael (2008), 145-172.

Conclusión

Tender a la madurez es una exigencia fundamental de nuestra naturaleza, porque quedar trunco en el camino a la sazón de la existencia –cuanto sea posible a cada uno– representa la única verdadera frustración humana. Una persona inmadura es alguien que queda a mitad del camino en sus potencialidades que son, en definitiva, los dones que Dios ha sembrado en cada hombre y en cada mujer.

Pero no es menos una necesidad sobrenatural, como la expresa san Pablo: “Hermanos, no seáis niños en vuestros pensamientos; sed niños en lo que se refiere al mal, pero hombres maduros en vuestra manera de pensar” (1Co 14,20). En cierto sentido es, pues, un imperativo bíblico.

Jesús ha aludido con frecuencia a esta obligación. La puso en evidencia al maldecir la higuera de la que esperó frutos sin encontrarlos (cf. Mt 21, 18-22); la repitió en la parábola de la viña infructuosa (cf. Lc 13, 6-9) y nos dijo expresamente: “os he destinado para que deis fruto y que vuestro fruto dure” (Jn 15,16); “la gloria de mi Padre está en que deis abundante fruto” (Jn 15,8).

No hay peor incapacidad que la que no se explica por la carencia de dones sino porque estos han quedado dormidos, inactivos, inexplorados o, quizá, hasta desconocidos para nosotros mismos. Los inmaduros, que podrían haber sido hombres y mujeres completos, cabales... y santos, parecen muertos en vida, flores que se marchitaron sin abrirse, barcos que se pudrieron sin haber sido botados, aves que nunca pintaron plumas. A nadie mejor que a ellos les caben los aciagos lamentos de nuestro poeta:

¿Qué hice? Lo mejor de mí mismo fue viento,
o flor, o nube, o pájaro. Me queda lo peor,
—o lo mejor—, que es este cansancio y este tedio
profundo, y este afán de perder hasta el último
hilo que me conduzca a los frustrados sueños.
Pude ser y no fui; quiero ser, y no soy;
y así siempre. Mi vida no fue más que el reverso
de lo soñado. Apenas si logré algún minuto
ser el que quise. Apenas si cautivé en mi verso
esta mi pobre alma remota y fugitiva.
Lo demás fue una torre de plumas en el viento.
Ahora estoy aquí solo con este hombre
que soy yo mismo. En vano trato de conocerlo,
de acercarlo, de abrir sus ojos a mi amor
crepuscular. En vano. ¡Ya no tiene remedio!

Del hombre frondoso, que ha llevado a punto cuando ha sembrado Dios en él, el que recibió cinco talentos y los devolvió duplicados, se dirá, en cambio, lo que las gentes voceaban admiradas de Jesucristo: “Todo lo ha hecho bien” (Mc 7,37).

Índice

PRESENTACIÓN.....	3
I. Maduración intelectual.....	7
1. En qué consiste la madurez intelectual.....	7
2. Defectos en la madurez intelectual.....	12
3. Examen de nuestra madurez intelectual.....	13
4. Jesucristo y la madurez intelectual.....	14
5. Remedios y trabajo.....	15
II. Maduración de la propia imagen	17
1. En qué consiste una imagen madura de sí mismo.....	17
2. Algunas expresiones de autopercepción inmadura.....	22
3. Examen sobre el realismo de nuestra autopercepción.....	23
4. Jesucristo y la aceptación de sí mismo	24
5. Para cultivar la aceptación de sí mismo.....	25
III. Maduración de la relación con los demás.....	27
1. En qué consiste la madurez social.....	27
2. Algunos síntomas de inmadurez en la sociabilidad.....	34
3. La madurez de Jesucristo respecto del prójimo.....	36
4. Examen.....	36
5. Cuestiones prácticas	37
IV. Maduración de la esfera afectiva y sexual	39
1. Lo que implica la madurez afectivo-sexual.....	39

2. Inmadurez y defectos en la esfera afectivo-sexual	45
3. Corrección de desórdenes en la esfera afectivo-sexual.....	48
4. Examen sobre nuestra madurez afectiva.....	50
5. Jesucristo y la madurez afectiva.....	52
6. Para ejercitarse.....	52
V. Maduración de la dimensión volitiva	55
1. En qué consiste la madurez de la voluntad.....	55
2. Signos de inmadurez volitiva.....	59
3. Jesucristo y la voluntad.....	60
4. Examen de nuestra madurez volitiva.....	62
5. Ejercicios para la educación de la voluntad	63
VI. Maduración del sentido moral.....	65
1. La madurez moral.....	65
2. Inmadurez moral.....	67
3. La fisonomía moral de Jesús.....	68
4. Examen	69
5. Ejercicios para madurar el sentido moral.....	69
VII. Maduración de la dimensión religiosa.....	71
1. La madurez religiosa.....	71
2. Inmadurez en el plano religioso.....	73
3. Jesús, varón perfecto ante Dios.....	75
4. Examen sobre nuestro sentido religioso.....	76
5. Para una ejercitación en este plano.....	76
Conclusión	79

COLECCIÓN VIRTUS

- /1 EL EXAMEN PARTICULAR DE CONCIENCIA
INSTRUMENTO PARA EL TRABAJO ESPIRITUAL Y PARA
LA CORRECCIÓN DE LOS DESÓRDENES AFECTIVOS
- /2 CEGÓ SUS OJOS (Jn 12,40)
EL JUICIO PROPIO
- /3 DUC IN ALTUM!
ESENCIA Y EDUCACIÓN DE LA MAGNANIMIDAD
- /4 DE LOBOS A CORDEROS
EDUCACIÓN Y GRACIA
- /5 LAS IDEAS “SUBTERRANEAS” Y LA EDUCACIÓN
PAUTAS PARA PADRES Y EDUCADORES
- /6 LA MADUREZ AFECTIVA Y SEXUAL DE
JESÚS DE NAZARET
- /7 CRISIS DE PATERNIDAD
EL PADRE AUSENTE
- /8 NUESTROS MIEDOS
- /9 EL PADRE REVELADO POR JESUCRISTO
- /10 EL CAMINO DEL PERDÓN
- /11 LAS ADICCIONES
UNA VISIÓN ANTROPOLÓGICA
- /12 NATURALEZA Y EDUCACIÓN DE LA HUMILDAD
(TRES ENSAYOS SOBRE LA HUMILDAD)

/13 LA MADUREZ DE JESUCRISTO

EL HOMBRE A LA LUZ DEL SERMÓN DE LA MONTAÑA

/14 MEDITACIONES SOBRE DIOS PADRE

/15 LA SUPERFICIALIDAD

/16 ¡QUIERO!

EDUCACIÓN DE LA VOLUNTAD

/17 CONFIAD SIEMPRE EN DIOS (SALMO 62,9)

PSICOLOGÍA Y ESPIRITUALIDAD DE LA CONFIANZA

/18 MADURACIÓN DE LA PERSONALIDAD

**Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de
Ediciones del Verbo Encarnado**

**20 de agosto del 2012
San Bernardo de Claraval**

**EDICIONES DEL VERBO ENCARNADO
El Chañaral 2699 – CC 376 – (5600)
San Rafael – Mendoza – Argentina
Tel: (0260) 4430451 www.edicionesive.com.ar
ediciones@iveargentina.org**

